

A D. Ramon Sarason

14^a Calle 18-19

EIBAR

Revista de un pueblo



Esta foto es testimonio de nuestra admiración al Club Deportivo y al Club Ciclista Eibarrés por sus recientes éxitos ciclistas.

TERMINOS TECNICOS DEL EUSKERA EIBARRÉS

La recopilación de términos técnicos empleados en el vascuence eibarrés di a conocer en *Euskera*, Boletín de la Academia de la Lengua Vasca, tomo III, página 141 y tomo IV, pág. 127, Bilbao, 1958 y 1959.

El extenso vocabulario técnico que se ha conservado en nuestro idioma vernáculo es un fenómeno poco menos que insólito en la lingüística vasca. Ello, con la abundancia y regularidad de las conjugaciones verbales, hace que el lenguaje peculiar de los eibarreses sea más rico y flexible de lo que opinan la mayoría de las gentes.

Aproposito de conjugaciones verbales, tiene Toribio Echebarria un estudio sistemático que espero se publique dentro de poco en *Euskera*, y los que tengan la fortuna de conocer dejen de cargar a los eibarreses del acostumbrado San Benito del vascuence corrupto. Al menos para los sensatos que comprendan por riqueza lingüística la morfología de la misma y no el aspecto superficial del léxico.

T. Echebarria, también es autor de un vocabulario local, inédito, con más de 10.000 fichas, cuya noticia dió el señor Ibiñagabeitia, miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca, bajo el título *Eibar-ko euskeraren alde*, en la revista *EIBAR*, n.º 22, Marzo de 1959, pág. 11. Dicho vocabulario se conserva en el archivo del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo» de la Diputación de Guipúzcoa, esperando a alguna mano piadora para ver la luz. Estos y otros trabajos más meritorios de este hombre de sabia humildad, promotor de grandes reformas industriales para el engrandecimiento de Eibar, espero que algún día le sean reconocidos con los honores que se merece. Es la única manera de librarnos del sonrojo de la ingratitud ante nuestros descendientes.

Como observará el lector, algunos de estos vocablos cayeron en desuso y sólo son conocidos por personas muy mayores.

La presente recopilación es fruto de indagaciones hechas a modo recreativo y de ninguna manera consiste una relación completa de la terminología técnica, y al no estar exenta de omisiones, agradecería a cuantos pudieran aportar algún término más, dirigiéndose a la revista *EIBAR* o bien personalmente a quien esto

suscribe. Es indudable que el argot de la técnica eibarresa está en trance de morir y su recopilación consideramos de gran interés, porque es la única manera de conservar los elementos que un día formaron el vehículo indispensable para la vida y desarrollo de nuestra industria.

A más de uno ha de parecer, la presente relación, muy reducida, pero hay que tener presente que en otros idiomas ocurre igual. Los términos técnicos se han ideado basándose en raíces latinas o griegas, y por eso los idiomas vivos contienen nombres propios en porcentajes ínfimos.

Lo que hoy quiero dar a conocer aquí está abreviado de lo que en su día se publicó en *Euskera*, donde trataba cada nombre con mayor meticulosidad al dar explicaciones de cada una de ellas; pero esto en Eibar no estimo necesario.

La presente no tiene mayor objeto que guardar constancia y divulgar al mismo tiempo, algo así como decía Orixe al comienzo de su poema «Euskaldunaka»:

«La posteridad proclame
si «ese Pueblo se fué»
o si hemos de darle aliento
a que perdure en su ser.»

AIXE-ZULO, poro de la pieza fundida, poro en general.

AKABATZALLE, pulidor, bruñidor.

AKABAU, pulir, bruñir.

AKATZ, mella, muesca.

AKAZTU, mellar.

ALBATA, compuerta de presa o embalse.

ALE, garno.

ALEKA, granulado o chatarra por arranqueamiento que produce el agarrotamiento en superficie de rozamiento, por lo general, debido a falta de lubricación. (No tienen nombre propio en castellano).

ALEKIA ARTU, agarrotarse un eje en el cojinete.

ALPER, taladro antiguo de sobremesa.

ALTZAGARRI, calzo.

APAL, estante.

APALADI, estantería.

APURTUNA, rotura.

AR, macho, diversas clases de herramientas que se introducen en otras.

ARABAKIN, remiendo, petacho.

ARASA, estante.

ARASAK, estantería, estanterías.

ARDATZ, eje. (Como eje emplean los labradores de Eibar).

ARDATZ, macho de roscar.

ARDATZ-NAUSI, husillo patrón.

ARGI-ERAIN, operación de abrillantar en el proceso de pulimiento.

ARGI-MUTIL, aparato que consistía en un eje de hierro que se clavaba en el banco de trabajo, con un extensor perpendicular al eje, que portaba una vela.

ARI, rosca.

ARPIKO, cincel de cantero.

ARRASPA, lima e cofina para el trabajo de madera.

ARREME, herramientas que trabajan juntas ejerciendo la labor de macho y hembra a la vez. (En matricería, por ejemplo).

ARRI, piedra, muela de esmeril.

ARRIKATZ, carbón mineral.

ARTAZI, tijera.

ASMAKISUN, invento.

ASMATZALLE, inventor.

ASMAU, inventar, idear.

ATAL, pedazo, trozo.

AU, AO, corte o filo de cualquier herramienta.

AUSPO, folle.

AZELIN, turbina de agua.

AZPIJAN, desfalco, conspiración.

BANDIO, balanceo, ladeo.

BARAUS, broca.

BARAUTS-ETXE, portabrocas.

BERAN, cincel o buril muy estrecho que se emplea para labrar ranuras o para trabajar en los interiores de las ranuras.

BERUN, plomo.

BIAR, trabajo, operación, menester, obligación en sentido de ocupación.

BIARGIN, trabajador, obrero, operario.

BIARGINTZA, faena.

BIRIBILDU, torneear, cilindrar.

BIZARRAK-KENDU, operación de desbado.

BOIZETA, resorte acodado de armería, pequeño en relación al resorte real.

BURDINA, hierro.

BURPIL, rueda.

DESTERARRI, piedra de amolar casera movida mediante un pedal.

EBAGI, cortar, tallar.

EGUR-IKATZ, carbón vegetal.

EMEN, hembra, herramientas y útiles

(Pasa a la pág. 10).

FOTOS - RECUERDO



22 de Mayo 1935. Homenaje en Arrate al «Padre del Montañismo vasco» D. Antonio Bandrés. Se le entregó una placa de oro con el nombramiento de socio honorario del Club Deportivo. Asistió el Presidente de la Federación Vasca de Alpinismo D. Antonio Tellería y el Presidente del Club Deportivo D. Indalecio Ojanguren.



La Banda de Música de Eibar, «LA MARCIAL», dirigida por D. Idefonso Irusta, en Guernica, 15 de Agosto 1916.

(Fotos Ojanguren).

EDITORIAL

El hambre:

Plaga moderna

UNA de las más dramáticas manifestaciones de la desigualdad humana es el hambre. Hablar de este fenómeno en pleno siglo XX será vergonzoso pero necesario. Porque saca a la luz pública las deficiencias radicales de la distribución de la riqueza, los monopolios económicos internacionales, el secular estancamiento de las técnicas de producción... El hambre, hoy, pese a los adelantos de la ciencia e incluso del neomalthusianismo, es un problema candente, vivo, que estremece a quien siquiera superficialmente se adentra en sus íntimas raíces y frutos. No es un fantasma ni un brote esporádico, sino una abrumadora situación de hecho que aqueja a extensísimas zonas del mundo: concretamente a más del 90 por ciento de la población de Extremo Oriente, a los dos tercios de la de Iberoamérica, a zonas de Europa e incluso de Norteamérica, a África y a Oriente Medio. Sólo un 28 por ciento de la población mundial tiene un régimen calórico suficiente.

* * *

El hambre más temible, que sojuzga razas y pueblos, a enormes colectividades humanas, es la que se trasmite de generación en generación, nacida de una endémica insuficiencia alimenticia, de una permanente escasez de los elementos animales, vegetales o minerales que nutren insustituiblemente el organismo humano.

La insuficiencia proteínica produce la degeneración física, disminuye la resistencia a las enfermedades —especialmente a las infecciosas— y es causa del espantoso edema del hambre. La estatura subdesarrollada de muchos de los grupos que padecen este hambre —pigmeos y otros hombres del África ecuatorial, indios, filipinos, chinos e indonesios— es producto típico de la escasez de proteínas. Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, Chile, NE. y S. de la Argentina, Oeste del Paraguay y Norte del Brasil desconocen parcialmente la carne, el pescado, la leche y los huevos; América Central sufre también monótona dieta de tipo vegetal.

El hambre de minerales, productor de caries, vertimosis, bocio, sordomudez, cretinismo, debilidad mental y ena-

nismo afecta, en proporciones no inferiores al 80 por ciento a las poblaciones de las zonas tropicales y húmedas de América, China e India.

Señalemos, finalmente, las consecuencias de la falta de vitaminas: la ceguera, el retraso en el desarrollo —caso de China y Japón—, el beriberi, el escorbuto, el raquitismo, el reblandecimiento óseo, el raquitismo de las tierras no soleadas.

* * *

Pero el hambre es un azote del espíritu. La historia de muchas revoluciones señala el origen de éstas en la irritación síquica producida por el apetito insatisfecho de alimentos. Esas revoluciones se presentan explosiva o mansamente, pero su impacto arrastra muchas veces hasta las últimas bases del orden social. ¿Por qué? Porque son las deficiencias de éste, muchas veces, las que empujan al hombre a esta situación de miseria colectiva, de infrahumana carencia de los bienes más elementales. La experiencia comunista sobre el pueblo chino demuestra brutalmente esta verdad, lo mismo que —en un plano más próximo a nosotros— la revolución castrista de Cuba. Ambos pueblos son víctimas de una deficientísima estructura económica, y su reacción ha sido la menos justa y conveniente para ellos.

El contacto con estas realidades podrá tener para nosotros una eficacia directa, si vivimos alejados de los focos donde se gastan aquellas. Mas una posición exacta de la conciencia pública ante tales desgracias es vital. Porque no cabe la queja de los estragos revolucionarios, cuando la defectuosa conformación de nuestra sociedad les dió pábulo y pretexto. No puede hablarse de sociedad justa y cristiana, donde los hombres carecen no sólo del mínimo desarrollo del espíritu sino de la capacidad de fomentar sus aptitudes meramente animales. Un hombre hambriento es más impotente que una bestia. Tanto más impotente e inválido, cuanto más se limite, por añadidura, su capacidad de reacción, imponiéndole leyes y restricciones que no radiquen en la verdad objetiva de la justicia ni en los postulados imprescriptibles de la caridad, sino en el apego a prejuicios históricos, clasistas o políticos.

El P. Lombardi a los amigos de España

Una vez más he tenido la prueba de la amistad de tantos queridos españoles. Puedo decir que en esta situación particular en que Dios ha permitido una tempestad muy violenta contra el Movimiento «Por un Mundo Mejor» con la ocasión de mi modesta Obra sobre el Concilio, he podido ver más que otras veces cuan profundamente unidos estamos con todos Vds.

Una cosa puedo asegurar a todos, en el alma ha quedado siempre una tranquilidad inmensa, he procurado seguir lo que me pareció lo mejor para la Iglesia y lo he hecho con todo el corazón y con la aprobación de los superiores que debía interrogar. Cuando otra autoridad intervino, con la misma sencillez de un niño he querido obe-

decir en todo. He declarado también públicamente que me encontraba frente a mi Madre la Iglesia como un niño de cinco años al cual la madre puede decir todo lo que quiere y no encontrará nunca más que una obediencia perfecta y amorosa. Con este espíritu en el corazón me siento tan tranquilo y estoy cierto que Dios sacará un gran bien de todo lo que el enemigo de los hombres y de la Iglesia y del Mundo mejor ha querido organizar, para daño de nosotros. ¡Animo y alegría! la Obra por un Mundo Mejor coincide con las aspiraciones más profundas del Evangelio y podemos tener la certeza que Dios no abandona una Obra que El sólo ha hecho hasta ahora y que El sólo guiará.

Por otra parte me consta ya directamente un gran deseo de la Suprema Autoridad que todo esto se tranquilice completamente sin dejar algún detrimento en el trabajo que se debe todavía desarrollar.

En particular encomiendo a vuestras oraciones el plan de emergencia para la América Latina; yo creo que el demonio está absolutamente furioso por esto, y es la razón por la cual organizaría cualquier oposición, con el sueño de impedir al final la ida de apóstoles que amen la vida de tantos sacerdotes y de los nombres principales también del laicado católico americano. La oposición es la señal mejor de la bendición de Dios. Donde está el demonio, podemos suponer que está la obra de Dios; como por otra parte también, donde está claramente la obra de Dios, debe aparecer un día u otro, la envidia y el furor del demonio.

Sobre la propiedad

El tema de la propiedad ha sido siempre muy polémico.

Hoy quisiéramos sugerir una serie de reflexiones capaces de deshacer el peligroso equivoco entre derecho de propiedad y régimen de bienes.

Concretamente pensamos en el uso que se hace constantemente de una doctrina de tan alta autoridad moral como la de los Papas, para apoyar unos privilegios que la conciencia social de nuestro siglo ha dejado de aceptar hace tiempo. Cuando a todo intento de reforma se opone la enseñanza de la Iglesia en esta materia, es que se han confundido lamentablemente dos planos: el del derecho de propiedad y su concreción en el régimen de bienes.

I. EL HECHO DE LA PROPIEDAD PRIVADA

Engels, amigo y colaborador de Marx, ha tratado de describir en un libro famoso los orígenes de la propiedad privada, emparentándolos muy estrechamente con los del Estado y la familia.

Alejándonos de toda polémica doctrinal, parece que podemos aceptar la aparición de la propiedad privada tan pronto como se racionaliza de alguna manera la vida económica, en cuanto los hombres comienzan a dominar la naturaleza y se alejan del simple uso animal de sus productos.

Pero en esta cuestión hay que distinguir cuidadosamente dos aspectos distintos. El hombre es un ser de necesidades que trabaja encarnizadamente la naturaleza para procurarse los elementos necesarios para su sustento y sus ulteriores necesidades siempre en aumento. A diferencia de los animales, en general, no se limita a usar los bienes que la naturaleza le presenta, sino que necesita adaptarlos a sus necesidades. Dicho de otra manera, el hombre necesita humanizar la naturaleza para utilizarla y esa humanización se realiza a través del trabajo.

Hasta ahora nada hemos dicho de una apropiación de las cosas, mucho menos de los instrumentos de producción. Simplemente hemos afirmado la condición humana, que le impulsa a un dominio de la naturaleza que en los animales no se da, en cuanto que carecen de inteligencia y de voluntad libre, aunque algunos se hallen dotados de eso que se ha dado en llamar «inteligencia práctica».

Lo cierto es que históricamente aparece de manera muy inmediata la apropiación privada, que significa una cierta exclusión de los demás. Esta apropiación es evidente en cuanto a los bienes de consumo, pero también se produce en el campo de los bienes de producción y en este campo es donde se establece la polémica.

Porque la propiedad privada de los instrumentos de producción ha entrañado históricamente dos consecuencias dolorosas que la humanidad sufre todavía. Por una parte, la acumulación de la propiedad privada de los instrumentos de producción ha provocado la exclusión de la inmensa mayoría de los seres humanos de este tipo de propiedad. En este sentido se podría afirmar con Marx, que esa propiedad existía para una décima parte de la sociedad burguesa justamente porque las nueve décimas partes restantes carecían de ello.

Pero, por otra parte, la acumulación de la propiedad en pocas manos y su ejercicio dentro de un sistema jurídico determinado, ha traído consigo el dominio de los propietarios sobre los hombres. La propiedad es un dominio sobre las cosas, pero en circunstancias se convierte en un dominio sobre los hombres.

Los desposeídos en la Historia.

Hemos mencionado ya la polémica que divide a los hombres acerca de la existencia de una propiedad privada desde los comienzos de la Historia. Algunos autores han afirmado que al principio toda apropiación era colectiva y posteriormente se llegó a la privada, en virtud de los cambios sobrevenidos en la técnica y en las condiciones económicas. Otros, por el contrario, sostienen que la propiedad privada se ha dado en todo tiempo.

Lo que es evidente es que la propiedad privada, bajo muy diversas formas, llegó en breve plazo de tiempo. Y no menos cierto es que sus orígenes son bien turbios en muchos casos y su crecimiento se ha logrado a costa de la explotación de los demás.

Concretamente en Roma de donde, no lo olvidemos, procede el concepto de derecho de propiedad vigente hasta nuestros días, la propiedad privada de la tierra fue cayendo en manos de los grandes señores, hasta llegar a los latifundios característicos de la época. Los pequeños propietarios se veían obligados a ceder sus tierras de grado o por fuerza. Y a esto hay que añadir el despojo de los pueblos conquistados, que constituyen una página triste en la historia de la humanidad.

En cuanto a la riqueza mobiliaria, contribuirá a formar un grupo de capitalistas a través del préstamo a interés y las adjudicaciones militares. El resultado es siempre el mismo: la existencia de un grupo de privilegiados que disponen de inmensas riquezas, junto a una muchedumbre enorme de gentes desprovistas de los más elementales recursos.

Esta situación de hecho, que pronto tendría su confirmación jurídica en el derecho romano sobre la propiedad, no dejó de provocar el levantamiento de los desposeídos.

De la Grecia antigua ha podido decir uno de sus mejores conocedores: «Cada vez que contemplamos una guerra civil, los ricos se encuentran en una parte y los pobres en otra. Los pobres quieren apoderarse de la riqueza, los ricos quieren conservarla...»

Por lo que respecta a Roma, no hay más que recordar los movimientos populares que la agitaron desde finales del s. V antes de Jesucristo. La retirada de los plebeyos al Aventino hasta que quedasen abolidas las deudas y se les concediesen derechos políticos. El levantamiento de los Gracos, que propugnaban leyes agrarias capaces de proporcionar a los ciudadanos pobres inalienables propiedades. La revuelta de los esclavos conducidos por Spartaco, que hizo temblar a Roma durante dos años...

La propiedad feudal de la tierra no modifica la situación en este orden de cosas, aunque fragmenta la propiedad en un haz de derechos. Siempre sigue siendo verdad que la propiedad es el hecho de unos cuantos señores, en tanto que la inmensa mayoría de los campesinos se ven desposeídos de ella.

Con el Renacimiento llegan los grandes descubrimientos y la afluencia de los metales preciados a Europa, con la consiguiente elevación de precios. Se desplaza la importancia de la propiedad inmobiliaria a la mobiliaria y un nuevo grupo social, la burguesía, comienza a crecer a expensas del pueblo y de la nobleza.

Los ss. XVII y XVIII contemplan dos fenómenos igualmente interesantes. Por una parte la burguesía va constituyendo la gran propiedad terrateniente, cuyo ejemplo más característico se halla en Inglaterra; mientras que por otra se va formando la propiedad mobiliaria de tipo capitalista, cuya plena floración tendrá que aguardar al s. XIX.

La desposesión de la mayoría constituye una constante histórica que acompaña a la propiedad privada en su concreción jurídica tan diversa. El Derecho romano, como el feudal y el capitalista inspirado en el primero, han sancionado una situación de hecho y han permitido la reafirmación de una apropiación que dejaba al margen a una gran parte de los miembros de la sociedad.

Propiedad privada y dominio de los hombres.

El derecho romano definía la propiedad como el derecho de usar las cosas, de percibir sus frutos y de disponer libremente de ellas, sin más limitaciones que las generales impuestas por una cierta concepción de la vida social. Se trata, en efecto, de un derecho absoluto, que ha encontrado su traducción moderna en la mayor parte de los Códigos a partir de la Revolución francesa.

La definición nos puede engañar. Todo consiste en saber exactamente dos cosas distintas: 1) lo que se entiende por cosas, 2) las repercusiones que el dominio sobre las cosas puede tener sobre los hombres.

La esclavitud y las servidumbre han ido desapareciendo poco a poco de los países civilizados. En el régimen de esclavitud el hombre, el esclavo, era considerado como una cosa, y como tal pertenecía a su dueño. Propiedad y autoridad se confundían en este caso.

La servidumbre significaba desde este punto de vista un avance considerable. El hombre ya no puede ser propiedad de otro hombre, pero se halla sujeto a una propiedad hasta el punto de no poder abandonarla. Cuando un siervo escapaba de la tierra de su señor, éste podía perseguirlo y conducirlo de nuevo a la tierra a la que se encontraba ligado jurídicamente.

El Estado de la época moderna ha procurado establecer firmemente la distinción, arrebatando a los señores feudales los privilegios que se habían irrogado.

Esto nos permitía creer que las fronteras entre propiedad y autoridad sobre los hombres han sido establecidas para siempre, pero no es así. En nuestros días subsiste el mismo problema.

En la empresa de tipo capitalista de los primeros tiempos, el propietario de los medios de producción es, al mismo tiempo, el empresario que lleva la gestión de la empresa. Esta se funda sobre la distinción fundamental entre capital y trabajo.

El derecho de propiedad sobre las cosas les concede a los capitalistas, como consecuencia lógica de la estructuración de la empresa capitalista, un dominio sobre los hombres que trabajan en ella. El empresario en esta época es el administrador que responde ante los capitalistas del mayor beneficio posible. Para ello se subordina el trabajo humano y lo somete a condiciones inhumanas, como atestigua la historia económica y social de los dos últimos siglos.

Nuestra época ha visto la intervención del Estado en estas materias, intentando por medio de su legislación social el establecimiento de unas condiciones más humanas.

A pesar de ello, el derecho reconocido a los propietarios por nuestros Códigos sigue implicando el dominio de los hombres; y las empresas, al menos en nuestro país, no responden socialmente ante los trabajadores; su responsabilidad es económica y ante los representantes del capital.

Ricardo Alberdi, Sacerdote, Licenciado en Ciencias Económicas.
(Del Boletín de la Escuela de Armería).

ARTE Y LITERATURA

LEON TOLSTOI

Novelista ruso cuya obra literaria refleja un extraño misticismo cristiano-anarquista

Acaba de cumplirse, en noviembre del pasado año, el cincuentenario de la muerte del conde León Tolstói, uno de los más grandes escritores rusos del siglo pasado, cuyas novelas y cuyas doctrinas se difundieron rápidamente por Europa para ser admiradas y discutidas apasionadamente.

Había nacido en una finca situada en Yasnaia Poliana, el 9 de septiembre de 1828. Su familia, de origen alemán, emigró a Rusia en tiempos de Pedro el Grande. Nada encontramos en la adolescencia del futuro novelista que pueda hacernos extraño el curso seguido posteriormente por su existencia. Apenas si conoce a su madre, que muere a los dos años de su nacimiento. Poco después perdía igualmente a su padre.

Los primeros días de su vida los ha descrito Tolstói en su obra «Infancia y adolescencia», y en ella vemos ir desarrollándose, poco a poco, todas esas inquietudes que luego, en la edad madura, harán del novelista ruso un espíritu inconsoable y vacilante. Sólo sacará un sentimiento bueno de su estancia en el campo, un profundo amor a la Naturaleza, que inspirará, años más tarde, delicadas y hermosas descripciones de la obra del Creador. Si bien es verdad que la influencia de Rousseau, uno de sus autores favoritos, pervendrá en cierta manera, esta buena cualidad y dará a sus relatos paisajistas un cierto matiz enfermizo y morboso, que recuerda mucho el alma desolada del solitario de Ginebra.

En 1843, León Tolstói se dirige a la Universidad de Kazán para cursar allí los estudios en la Facultad de Filosofía. Al año siguiente cambia de parecer y estudia Derecho, carrera que termina en 1847. Repentinamente, en 1851, decide ingresar en el Ejército, y tras verificar los exámenes reglamentarios en la ciudad de Tiflis, sale oficial de Artillería. Tolstói vive entonces unos años entregado por completo al vicio y a la vida fácil. Su nombre suena siempre en todas las pendencias y tiene fama en las mesas de juego más conocidas. Sus conquistas femeninas le distinguen también señaladamente. Escribe algunas cosas, pero sin gran importancia. El estallido de la guerra de Crimea hace que lo destinen al frente, y en todas las acciones en que participa se comporta con valor.

La firma de la paz trae para Tolstói una verdadera conmoción espiritual, que le hace variar por completo de ideas y abandonar para siempre la carrera militar. Su carácter se manifiesta entonces en toda su pujanza. El mismo asegura que ha encontrado una idea a la que puede consagrar toda su existencia. Esta consiste, según él, en la fundación de una nueva religión: «la religión de Cristo, pero purificada de sus dogmas y misterios».

La trayectoria de Tolstói en los restantes años de su existencia será ya de caminar incesantemente hacia un agocentrismo que, bajo una máscara de humildad, es simplemente la inquietud de un alma por distinguirse de las demás y no someterse en nada a lo que piensan el común de los mortales. Primeramente se instala en San-Petersburgo; luego realiza un viaje por Europa, visitando Francia y Alemania. Se casa con Sofía Bern, la hija de un médico que siente gran admiración por él, y en los primeros años colabora íntimamente en sus tareas

literarias. Pero Tolstói lleva cada vez más lejos sus excentricidades, y sus rarezas rozan ya casi con una incipiente locura.

Empieza a hablar de repartir sus riquezas, de desheredar a sus hijos y de vivir como una especie de monje laico. En esto, claro es, choca con la violenta oposición de su esposa, que entre las cosas que admiraba en su marido era su título de nobleza, ya que su espíritu de pequeña burguesa se sentía extraordinariamente halagado en poder recibir en su casa a una selecta y distinguida sociedad. Poco antes de su muerte, Tolstói se decide a dar realización a sus ideas y, abandonando su casa, parte una mañana como un simple mendigo por los caminos de Rusia. Sus muchos años dejan sentir su peso y, al poco tiempo, muere en un monasterio, donde había buscado refugio, a los pocos días de su intempestiva salida. Este hecho ocurría el 20 de noviembre de 1910.

Sobre el valor de la obra literaria del gran novelista ruso que tanto influyó en toda la joven generación del 80 —Korolenko, Garin, Garshin y el mismo Chejov— se han escrito ya tantos volúmenes y artículos en las revistas del mundo entero, que sería superfluo dedicarle un comentario ya que nada nuevo podía descubrir. Varias de sus obras, como «Ana Karenina», «La sonata a Kreutzer», «Los cosacos» y «Resurrección», son mundialmente famosas, y «La guerra y la paz» está unánimemente considerada como una de las obras maestras de la literatura universal, estando reciente aún entre nosotros el estreno de la última versión cinematográfica de King Vidor, que pese a los mejores deseos del realizador y los extraordinarios medios puestos en juego no pudo dar sino una pobre idea de todo el contenido humano y la riqueza de caracteres del vasto mundo de personajes puesto en juego en la obra original. Habiendo sido llevadas al cine también otras varias novelas suyas, como «Los cosacos», «Ana Karenina», «La sonata a Kreutzer», etc.

Más interesante será aquí tratar, siquiera sea brevemente, de la ideología del autor. Porque sobre la religiosidad de Tolstói se ha hablado también mucho y para ciertos críticos se trata de un espíritu profundamente cristiano e incluso un renovador de las doctrinas de Cristo. Pero estas suposiciones carecen de valor si se tiene en cuenta, ante todo, que Tolstói tuvo una formación religiosa deficientísima, confesando él mismo en «Adolescencia», que a los dieciséis años había llegado a carecer de convicción religiosa. He aquí sus palabras: «No obstante, yo creía en algo. ¿En qué? No podía decirlo. Yo creía aún en Dios o, más bien no le negaba. ¿Pero en qué Dios? Lo ignoraba. Yo no negaba, ni mucho menos a Cristo ni a su doctrina, pero no hubiera podido decir en qué consistía esa doctrina».

Más tarde, su supuesta conversión sólo sirve para desarrollar una ideología llena de errores y en la que cada vez se aparta más del auténtico cristianismo, aunque precisamente él tenga la pretensión de ser un fiel seguidor de la doctrina de Cristo. Pero su doctrina es una extraña mezcla de misticismo, socialismo, racionalismo y nihilismo, cuyos dogmas predicó sobre todo y contra todo, despreciando incluso al Santo Sínodo ruso, que lo excomulgó.

En realidad, Tolstói es una contradicción

viviente que afirma un día lo que habrá de negar al día siguiente. Unas veces se siente pacifista a ultranza y otras defiende un patriotismo próximo al chauvinismo. En «La guerra y paz», que es la exaltación de los sentimientos antibélicos, hay, al mismo tiempo, una constante supervaloración del pueblo ruso. Y esto vale para todas las ideas, constituyendo una prueba de sus contradicciones el hecho de que condenaran sus opiniones tanto los revolucionarios rusos como los autócratas, de cuyo medio provenía.

En cuanto al aspecto moral de sus novelas, la mayoría de ellas no son precisamente ejemplares, abundando en ellas las descripciones fuertes y los temas escabrosos. Sus descripciones sobre la sociedad rusa de su tiempo, si bien certeras al mostrar una miseria y una injusticia social que había de conducir a la revolución bolchevique, son de una crudeza extraordinaria, acentuándose, además, una tendencia morbosa a presentar a la humanidad como algo esencialmente malo e incapaz de hacer el bien. En la novela anteriormente citada existe una pretensión, casi grotesca, en deshonrar a todos los personajes a los que al principio mostró el autor como seres buenos y honestos. En esta misma obra existen numerosos errores morales, religiosos e incluso políticos. Ataca al catolicismo en algunos casos, defiende a la masonería y se presentan numerosas situaciones contrarias a la más elemental moral. «Ana Karenina», también es esencialmente inmoral, a pesar de ser una de sus mejores producciones literarias. En «La sonata a Kreutzer», sus teorías sobre el matrimonio son inadmisibles. «Vida y doctrina de Jesús» es completamente contraria a las ideas católicas. «¿Qué es el arte?» también es anticatólica; «Resurrección» resulta de un cristianismo falseado...

En términos generales y sin prejuzgar nada sobre la formación individual de cada lector, podríamos hacer una clasificación de sus principales obras, en los términos siguientes:

A) Para jóvenes: «El príncipe Serebriani», «Katia», «La muerte de Iván Ilich», «Pakhun, el mujik».

B) Para personas mayores: «Adolescencia», «Consecuencias», «El cirio», «A la carga», «La envidia», «Cuarenta años», «Dos parábolas», «Los dos viejos», «Historia verdadera», «Ilias», «Iván el imbécil», «Jadsi Mirat», «Motines moscovitas», «Muy caro», «La novela del matrimonio», «El músico Alberto», «La odisea de un caballo», «Polikuchka» (traducida también por «El ahorcado» y «Névasca»), «Sebastopol», «La semilla milagrosa», «Los tres Staretzi», «Una velada en el vivaque», «El tambor», «Una cazzia» en el Cáucaso», «Un juez hábil», «La voz del más allá».

C) Para personas mayores, con serios reparos: «Los cosacos», «La esclavitud moderna», «La guerra y la paz», «El hermano Sergio», «Karma», «La posada de Surate», «Placeres viciosos», «Resurrección».

D) Gravemente peligrosa para todos o que no deben leerse: «Ana Karenina», «Mi confesión», «Mikhal, el aprendiz de zapatero», «¿Qué es el arte?», «La sonata a Kreutzer», «La verdadera vida», «Vida y doctrina de Jesús».

J. M. VIVANCO, en «Vida Nueva».

Sobre la historia de la Escuela de Armería



S. M. el Rey Alfonso XIII en la Escuela.

(Foto Ojanguren).



D. Fermín Calbetón y otras personalidades.

(Foto Ojanguren).

A PRINCIPIOS DEL AÑO 1913

El proyecto era grande, pero había que empezar humildemente. Por aquellos días, acababa de terminar el Ayuntamiento, en el Frontón Viejo, un modesto edificio destinado a escuela de párvulos. Allí se instaló, provisionalmente, la Escuela de Armería. A tal fin se adquirieron algunos tornillos de banco, herramienta para los alumnos y se inició la gestión para adquirir un terreno.

Quisieron los iniciadores hacer coincidir en una misma fecha —6 de Enero 1913— dos acontecimientos: la colocación de la primera piedra de la futura majestuosa Escuela y la inauguración oficial del primer curso en la simplicísima Escuela del Frontón Viejo.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra empezó leyéndose el acta por el Secretario del Ayuntamiento, D. José Antonio Lesarri, acta que firmaron el Alcalde de Eibar, Presidente de la Diputación, D. Fermín Calbetón, los Sres. Orbea, Gaytan de Ayala, Alberdi, Iriondo, Carnicero y Aguirre. En una caja de cinc empotrada en la piedra, se colocó una medalla hecha ex-profeso para este momento, el acta y el discurso del señor Alcalde, D. Nemesio Astaburuaga. Soldada la caja, en la que se leía esta inscripción: **COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA ESCUELA DE ARMERIA POR EL EXCELENTISIMO SR. D. FERMIN CALBETON, EIBAR, 6 DE ENERO DE 1913.** se tomó una artística paleta de plata y con ella echaron paletadas las personalidades allí reunidas. Al día siguiente —7 de

Enero 1913— bajo la dirección provisional del comandante de Artillería y Director del Banco de Pruebas don José Carnicero que desinteresadamente se había ofrecido para explicar Aritmética y Álgebra y con la ayuda del Maestro Armero de la Intervención de Armas Sr. Fernández, quien enseñaba Prácticas de Lima, empezó el primer Curso Académico de la Escuela con una veintena aproximadamente de alumnos.

A la semana exacta —en sesión municipal del 13 de Enero 1913— las obras de construcción de la Escuela de Armería eran adjudicadas a la firma Martín Errasti y Compañía por 116.800 pesetas. Hubo sus más y sus menos en torno a la construcción, pero no reuniendo el lugar prefijado junto a la Plaza de Toros las condiciones óptimas de cimentación que se requerían, se pensó en un nuevo emplazamiento de construcción. Fue en el alto de Isasi donde se edificaría definitivamente la nueva Escuela. A mediados de Junio 1913, ya habían empezado las obras en este definitivo lugar.

Antes de terminar este capítulo, anotemos un hecho que habla bien alto de la caballerosidad eibarresa. Ya el 3 de Enero 1913, nuestro Ayuntamiento, a instancias del ex-alcalde D. Antonio Iturriz y de otros 44 firmantes, cambiaba el nombre de la calle Unzaga por la de Fermín Calbetón. En esta misma sesión y a propuesta del concejal D. Pedro Goenaga se nombraba a Calbetón hijo adoptivo de Eibar. Así sabía agradecer Eibar a quien tanto se interesó por nuestro pueblo y muy en concreto por su escuela de Armería.



El Excmo. Ministro de Fomento, el Marqués de Atarfe, don Pedro Goenaga, D. Augusto Aguirre, Sr. Rengifo, Sr. Pérez Arregui en la inauguración de la Escuela.

(Foto Ojanguren).



El General Primo de Rivera en la Escuela.

(Foto Ojanguren).

Rafaelillo

Por Enrique CUBILES.

El Servicio de Socorro de la Emisora local ha comunicado una nota urgente:

«Se busca al niño Rafael García, que desapareció esta mañana de su domicilio. Tiene seis años de edad, ojos azules y pelo rubio. Viste jersey amarillo y pantalón de pana con tirantes. Calza zapatillas grises y calcetines del mismo color. Al parecer, tiene perturbadas sus facultades mentales y padece parálisis parcial del lado izquierdo del cuerpo. Se ruega a cuantas personas puedan facilitar datos sobre su paradero, lo comuniquen a esta Emisora al domicilio de sus padres, calle Cerro del Lodazal, n.º 1, en las afueras de la ciudad.»

—[Eh, chaval!, qué haces tú por ahí. ¿No andarás perdido?

El chiquillo mira con curiosidad la cabeza que asoma por la ventanilla del coche. Observa desde el océano de sus ojos al hombre que le habla. En su mirar hay sorpresa, pero no miedo.

—Bueno, ¿es que no sabes hablar? Vamos, ¿quieres que te lleve a casa?

De los labios del chaval surge un balbuceo incongruente que puede ser respuesta, o saludo, o sonrisa. Al fin, logra decir una palabra inteligible, que suena a pianola y a metal:

—[Ra-fa-li-llo!

Y el celeste de su mirada se llena de algo que podría ser sonrisa. Luego, el pequeño la emprende a patadas con un bote viejo y se aleja en un trotecillo trisquero, arrastrando su pierna muerta.

—Pero chico, ven acá. [Ven, te digo...!

Rafaelillo es así: dos ojos llenos de vida azul y medio cuerpo sin vida. Siete moscas montando guardia en su babeante barbilla. Veinte rizos rebeldes que le encrespan la cabeza. Un pantalón de pana raída. Y un cerebro que detuvo su marcha va para tres años, ya cuando la meningitis hizo de las suyas.

Lo andan buscando. A Rafaelillo lo andan buscando: los de la radio, la policía, los vecinos... Y sobre todos, madre, madre Antonia, que tiene un susto tremendo: madre Antonia, que se gana la vida vendiendo caramelos y haciendo coladas ajenas; madre Antonia, que suspira siempre y dice eso del perro flaco y las pulgas...

—Pero Antonia, por Dios, ¿cómo ha ocurrido?

—Hija, no sé. Un descuido. O un mal ojo que nos ha mirado.

—Yo lo vi de mañana: tan tranquilo, a tu puerta, como siempre...

Madre Antonia sufre. Toda su vida ha sido un sufrimiento. Y las más de las veces, por culpa del cochino dinero. Como lo del niño. El médico bien claro lo dijo: dinero, o la meningitis se lo lleva. Y no se le llevó de puro milagro. Pero dinero no hubo, y ahí quedaron las consecuencias. Madre Antonia lo recuerda como si no hubiese pasado el tiempo. Rafaelillo necesitaba terramicina o algo así. Y una sobrealimentación. Y no sé cuántas cosas más. Algunos vecinos del Cerro —que apenas tenían de qué— ayudaron con lo que pudieron. Otros, le compraban más chucherías por ver de echarle una mano. Pero con todo, no hubo ni para empezar. Y era lo que decía Martín, que estudiaba primero de derecho: «ya no es cuestión de caridad, sino de justicia»...

—Antonia, ¿aún no se sabe nada?

Hace unos meses en medio de solemnes ceremonias se inhumaban los restos mortales de Charles Van den Bosch, en religión el R. Padre Agnello, franciscano. El cementerio de Woluwe Saint-Pierre sería el nuevo alojamiento del cadáver encontrado el año pasado en las proximidades de Dachau, el trágicamente célebre campo de concentración.

La vida del P. Agnello ofrece una seria dificultad para sus posibles biógrafos: la ausencia de hechos maravillosos, espectaculares de esos que conmueven a las masas y dejan hondo recuerdo en los contemporáneos. Los que le han conocido bien saben que todo fué de una sencillez notable en su vida y que no tienen otra base que la buena intención las leyendas que hayan podido acumularse sobre su figura. Es preciso ir sumando esos pequeños momentos de su vida, esa acción continua, para advertir su obra y descubrir su santidad.

Charles Van den Bosch nació en Rubaix en 1883, de familia belga. De doce hermanos cuatro fueron sacerdotes y una monja. En 1899 entró en el noviciado de los Franciscanos y en 1906 se ordenaba

—No, nada

—¡Vaya, mujer! Si que es para asustarse.

Madre Antonia guarda su pena para sí, muy adentro. Verdad es que después de aquello todos quieren bien al chiquillo. Siempre hay un cuartillo de leche para él, o un puñado de avellanas. Ayer mismo, Tinín, que es de su misma edad, le regaló un lagarto amarillo que acababa de cazar a cantazos... Pero claro es que todo esto no compensa. A veces, madre tiene el ánimo subido, y se entenece, y lo come a besos, y le espanta las siete moscas que engordan en su baba. Otras, en cambio, le viene la angustia y se abandona, y se harta de llorar. Es entonces cuando piensa que las cosas podían haber sido de otro modo; que ella pudo tener aquel dinero si fuese verdad eso de la caridad y del amor; que el chico estuvo a la muerte, que podía haber muerto como un perro, a pesar de vivir entre más de dos millones de personas. Antonia empieza a sentirse harta de cosas así e imagina que un día se irá al señor cura y le dirá claramente: «Usted venga a decirnos que si la caridad, que si hay que dar, que si el prójimo. Pero ¿por qué no va a contárselo a los de la ciudad, por qué no les explica lo de mi Rafaelillo, por qué no les recuerda que ellos tienen mucho y una no tiene ni dónde caerse muerta?»... Luego, Antonia se asusta de estos pensamientos y reza enseguida una avemaria para que el Señor la perdone.

—¡Pero Antonia!, ¿no ha aparecido todavía?

—¡Ya ves! Yo ni sé qué pensar.

—Mujer, mientras no se te desgracie otra vez...

A la noche, un coche-patrulla de la policía ha traído al chico.

—Bueno, aquí está el mozo. Y cincuenta duros que he recogido entre mis compañeros.

A Rafaelillo le brincan de gozo las pupilas. Durante el día de escapatoria ha visto casas altas peinadas con flores, anuncios luminosos, señoritas, rubias como él, que tomaban Martinis y se reían, cartelones de cine tan altos como las casas. Le gustaría contar esas cosas sorprendentes a Madre Antonia, y hace esfuerzos, y tuerce la boca y abre los ojos. Al final, pronuncia como en murmullo su «Ra-fa-li-llo» de siempre, alfa y omega de sus charlas, ejemplo único de su oratoria. Y el chico descansa ya junto a la comprensión de madre.

Es muy tarde ya. Lo menos las tres. Gracias a los cincuenta duros, esta noche ha habido sopa caliente y galletas en Cerro del Lodazal n.º 1. Ahora, duermen todos más tranquilos y casi felices. Rafaelillo sueña en azul, como siempre. Y madre Antonia imagina que quita cien pulgas a un perrucho flaco y desgreñado.

Sin embargo, pronto amanecerá, y el nuevo día va a acercar de nuevo la realidad de las cosas, sin contemplaciones. Porque el problema no se resuelve con cincuenta duros recaudados a escote. Porque mientras en la ciudad no se tomen en serio la caridad y la justicia, todo seguirá igual. Y así, ¿quién asegura que mañana no vamos a escuchar otra nota del Servicio de Socorro de la Emisora Local? Hay a nuestro alrededor cientos de Rafaelillos, y tal vez el locutor tendrá necesidad de comunicar:

«Se ha perdido un niño que desapareció de su domicilio, ayer por la tarde. Tiene ocho años, ojos negro azabache y pelo oscuro. Se ruega...»

EL PADRE AGNELLO, amigo de los ciegos

sacerdote, siendo destinado principalmente a la predicación. En 1914 fue movilizado y destinado como capellán al fuerte de Suarles que sufrió un duro asedio de los alemanes y al final hubo de rendirse. Las privaciones y sufrimientos físicos y morales de esta época atacaron a la vista que siempre había tenido débil. En 1920 el P. Agnello se había quedado ciego. Pasa algún tiempo en Boitsfort, en el centro de reeducación para ciegos de guerra. Aquí traba estrecha amistad con otros invidentes. Sobre todo, hará proyectos para el futuro.

Cuando sale del Instituto educativo pone en marcha su obra: una caja de prestaciones profesionales y una oficina comercial serán la base de la Obra Nacional de los Ciegos, que se crea en Bruselas en 1925. Su sede, en la Avenida Dailly 90, donde todavía está. Hogares, talleres, bibliotecas, institutos para niños ciegos y débiles mentales...

Su tarea se ve interrumpida por la

guerra. La ayuda a unos paracaidistas aliados le vale la detención por la Gestapo. Recorre diversas prisiones y al final es conducido a Dachau. «Sufriendo frío y privaciones —se ha escrito— el Padre Agnello conserva sin embargo toda su bondad y toda su abnegación: multiplica las ocasiones de acudir en ayuda de sus compañeros de campo, continúa celebrando la Santa Misa y distribuye los sacramentos de penitencia y Eucaristía a pesar de las prohibiciones».

Pero su cuerpo no es tan resistente como su espíritu y el 9 de marzo de 1945, cuando ya se anuncia el final de la guerra muere en la enfermería de Dachau a consecuencia de una neumonía.

Durante dieciséis años se desconoció el lugar donde descansaba su cuerpo que ahora ha sido enterrado con todos los honores. La Obra por él fundada es una magnífica realización y el título de Apóstol de los Ciegos que se da ya al Padre Agnello un justo tributo a su vida sencilla pero señalada continuamente por los imperativos de la más auténtica caridad. Fue Apóstol, porque fue amigo de cada uno de ellos.

TERMINOS TECNICOS DEL EUSKERA EIBARRÉS

(Viene de la pág. 2).

perforados que en combinación con otras de forma inversa hacen las veces de hembra.
EPAIKI, sierra.
EPAIKI-ETXE, portasierras, arco de sierra.
ERTZ, esquina, arista.
ERRE, en el tratamiento térmico de metales se dice a calcinar.
EREGLI, desajuste.
ERREMINTXA, herramienta.
ERRETEN, acequia de un aprovechamiento de aguas.
ERREUSA, pieza no útil, rehusada.
ESKU-ARRI, barra de muela de esmeril.
EZTEN, punzón.
FIRI-FARA, cabezal de tornillería, torno revólver rústico.
GALBAI, arnero, criba.
GALDA, fundición, fábrica donde se funden los metales.
GALDATU, caldear (en tratamiento térmico).
GALTZAIRU, acero.
GARAUSARTZALLE, desporador, el que se dedica a rellenar los poros de las piezas fundidas.
GARAUSARTZE, acción de desporar, rellenar los poros al fundido.
GAUZAETZANA, inútil.
GILTZ, llave.
GORI, recalentado (en tratamiento térmico).
GORI-GORI, al rojo vivo (en tratamiento térmico).
GORITXU, recalentar (en tratamiento térmico).
GURIZABAL, corta-frios, cincel para cortar metales.
IKATZ, carbón.
ILLUNDU, pavonar.
INDDAR, energía eléctrica, fuerza motriz.
INDDAR-ETXE, central eléctrica.
IRAOTU, revenir, segunda operación del temple para mejoramiento del mismo.
IRUTXUR, parte interna del diedro, esquina, rincón.
IYO, pasar de rosca, deshacer la rosca.
JO-TA-PASA, trabajo de batalla o a batalla.
JUNGURA, yunque.
KAKU, gancho.
KANTOI, vértice externo de un diedro o un ángulo.
KANTOL-ERTZ, arista del ángulo.
KATE, cadena.
KATEGIN, fabricante u obrero de cadenas.
KATETXO, cadenilla.
KATIAU, **KATIGAU**, ocupar.
KATIAU, **KATIGAU**, enlazar (aunque mayormente se emple como ocupar).
KERTEN, **KIRTEN**, mango.
KLAK, **KRAK**, (onomatopéyico), ruido de rotura, que por extensión se aplica al quebranto de diversas cosas; al igual que «porrot», muy extendido en nuestra lengua.
KLAKADA, (onomatopéyico), derivación de «klak».
KOIKEZTU, engrasar.
KOKKOR, saliente, bulto.
KULANDA, culata de nogal para escopeta.
KUNBO, embalse, pantano.
LABA, horno.
LABARI, hornero.
LATZ, áspero.
LAUTU, allanar.
LEUNDU, **LAGUNDU**, afinar, pulir.
LIMA-AUTS, limadura.
LIZ-PAPEL, papel de lija.
LOKA, punto muerto en el mecanismo de las máquinas.

LOTU, armar, montar. Antes solamente se usaba en armería, pero actualmente se halla extendida a la mecánica en general.
LURRUN, vapor.
MAILLATU, abollar.
MAILLUKA, **MALLUKA**, martillo.
MAILLU, **MALLU**, mazo, maza.
MARATILLA, destornillador.
MATXINO, martillo de forja.
MAZPIL, estrujar, aplastamiento, magullamiento.
MORROLLO, **ATE-MORROLLO**, cerradura, cerraja. (Este vocablo solamente es empleado por algunos ancianos).
MOTZ, desafilado.
MOZTU, desafilarse.
NEURKATX, inmedible.
NEURRI, medida.
NEURRIZ-GAIN, que sobrepasa en medida, excesivo.
NEURTU, medir.
NEURTZALLE, medidor.
ORBAN, mancha, rayadura, golpe o desperfecto causado en una superficie pulimentada.
OLIXONTZI, aceitera.
ORTZ, cuchilla.
ORTZ-ETXE, porta-cuchillas.
ORRATZ, aguja.
OTXAU-**OTXABU**, escariador.
PERDOI, tolerancia.
SARDA, cepillo con púas de alambre, para limpiar limas.
SUBERATU, recocer, destemplan (en proceso térmico).
SUTEGI, fragua.
TANBOR, bombo, recipiente cilíndrico cerrado que sirve para la limpieza de piezas.
TORNU-ZIL, eje roscado del tornillo de banco.
TOTXO, lingote. (Tocho, procede del vascuence).
TRANGADER, cilindro de madera o sección de un tronco de árbol que sirve de asiento para desbastar con hacha las culatas de escopeta antes de mecanizar. También se emplea para hacer astillas.
TREPETXO, chisme, ciertas herramientas. (Probablemente procede de «per-trecho».)
TROZKO, **TROXKO**, lingote en bruto, trozo de material en bruto.
TUTU, tuvó. (Sólo es empleado por ancianos).
TXAKUR, perro de arrastre en el torno.
TXANTXILLOI, comprobador.
TXARRI-BELARRI, nombre que se da a una forma de mala embutición en los metales.
TXATAL, pedazo muy pequeño, partícula.
TXATARRA, chatarra, desperdicio del hierro. (Este vocablo, el castellano debió de tomar del euskera. Por eso leeremos en la mayoría de los diccionarios «CHATARRERO, individuo que en Vizcaya se dedica a coger chatarra». Además, este nombre aparece en los viejos textos del euskera).
TXIBIRI, viruta.
TXINGET, pestillo de la puerta.
TXIRRINBOLA, **TXIRRINDOLA**, argolla, llanta, aro.
TXORROZTADA, (onomatopéyico), chorrillo.
UGAL, correa, correa de transmisión.
UGAR, roña, herrumbre, óxido. (En euskera de otros pueblos se le llama «erdoi».)
UGARTU, llenar de herrumbre, oxidar.
UGAR-UGAR, muy oxidado.
UKAT, ceder, romper.
ULTZE, **ULTZA**, clavo, punta.
ULTZEGINTZA, fabricación de clavos.

ULTZEGISA, el que se dedica a hacer clavos, fabricante de clavos.
URALDI, período en que se aprovecha mover la turbina con las aguas que se consiguieron embalsar en época de estiaje.
UREBAGI, grieta de temple (en tratamiento térmico).
URTU, fundir.
URTZE, fundición, acción de fundir.
URRE, oro.
URREGIN, orfebre, orifice. (Hoy está generalizado como «urredun».)
ZAN, nervio, buril, muy fino que se emplea en ciertos trabajos.
ZARE, **ZARA**, (Otzara), cesto (a).
ZEAR, **ZIAR**, horizontal.
ZEPO (txakur), perro de arrastre.
ZEREGIN, quehacer, tarea.
ZIDAR, plata.
ZIL, **ZIRI**, eje o pasador de poco diámetro, guía de granetes.
ZORRO, tuerca, tuercas en carro de máquinas en general.
ZORROZTARRI, piedra o muela de afilar.
ZORROTZ, afilado.
ZORROZTU, afilar.
ZULAKAITZ, cincel.
ZULATU, agujerear, taladrar, acción de taladrar o agujerear.
ZURITU, blanquear a la lima o a la fresa las superficies de una pieza.
ZUTISIK, vertical.
ZUZEN, derecho, recto.
ZUZENDU, enderezar, rectificar.

Juan SAN MARTIN.

Día del Seminarista Eibarrés

BALANCE DE CUENTAS DEL EJERCICIO 1960-1961

INGRESOS

Existencia en Caja	7.642,25
Recaudado en huchas	44.000,—
Donativos	37.600,—
Colecta en las diversas iglesias	32.453,50
Cuotas	3.165,—
Intereses del Banco	572,40

Total ingresos 125.433,15

GASTOS

Ayuda a los Seminaristas...	101.475,—
Contribución a la colecta Seminario Nacional de Misiones por coincidencia 6-1-61	3.000,—
Huchas	2.238,—
Por propaganda	3.691,—
Organización Día del Seminarista Eibarrés	6.694,—
Varios	2.475,60

Total gastos 119.573,60

RESUMEN

Suman los ingresos	125.433,15
Suman los gastos	119.573,60
Superávit	5.859,55

¿De qué tratará el Concilio?

1 Uno de los problemas más preocupantes en el mundo de la teología actual es el que se refiere a las relaciones entre el Papado y el Episcopado. El estudioso encuentra que el estudio de los poderes del Papado ha progresado mucho en el último siglo, pero que todo está mucho menos claro al hablar de los poderes del Episcopado.

Como es sabido, este tema de la constitución y organización de la Iglesia fue uno de los ejes del Concilio Vaticano I, celebrado hace 90 años. Pero la brusca interrupción de éste hizo que sólo se estudiara a fondo el primero de los temas —el primado del Papa y su infalibilidad—, pero que se dejara en el aire el estudio de los poderes episcopales y la relación del Papado con el Episcopado. Con ello el estudio jerárquico de la Iglesia quedaba fundamentalmente incompleto. «Pretender definir el hecho y los derechos del primado —se ha escrito—, sin estudiar su profunda naturaleza de relación a los obispos, es dar una imagen parcial, unilateral, incompleta, por tanto, de la constitución de la Iglesia».

Este aspecto incompleto ha dado fundamento para que protestantes y ortodoxos hablasen con frecuencia de «centralismo romano», de «curialismo» y este prejuicio es hoy uno de los mayores problemas a la hora de pensar en la unidad. Es muy probable que éste sea uno de los problemas ejes del Vaticano II, como recientemente decía monseñor Guerry: aclarar con exactitud teológica el puesto del Episcopado en la vida de la Iglesia, evitando un episcopalismo que convirtiese al Papa en un mero delegado de los obispos (conciliarismo, condenado en el Vaticano I), y un papalismo que viera a los obispos como unos meros delegados del Papa, ya que definió el Vaticano I que son *averdaderos pastores*.

3 Una de las mayores victorias de la Iglesia contemporánea ha sido, sin duda alguna, la toma de conciencia por parte de los seglares de sus obligaciones apostólicas. ¿Sonará en el próximo Concilio la hora de proclamar la «mayoría de edad» del seglar? Ciertamente ha pasado la hora de la buena voluntad y de ayudar buenamente y sin personalidad. Hoy son muchos los apostolados que pueden llevar a cabo los seglares y sólo ellos: el apostolado familiar, los apostolados sociales y obreros, el trabajo cristiano en el mundo político, su tarea en las organizaciones internacionales, en los grandes problemas de la emigración, del hambre en el mundo, tantos otros.

Pero aún resta mucha tarea por hacer en este terreno: el estudio de las bases teológicas de su apostolado, la profunda formación religiosa y teológica de estos apóstoles, el estudio de la coordinación de todos estos movimientos apostólicos y su unión con el obispo de la diócesis, cabeza de todo apostolado diocesano.

Y una importante tarea: la representación del mundo seglar en Roma. Si, como se espera, las Comisiones fundadas para el Concilio siguen viviendo aún después de él, se habrá dado un paso importantísimo en este

2 Otro de los grandes problemas con que se enfrentan los estudiosos de hoy es el de marcar los límites de la unidad de la Iglesia y su universalidad. La Iglesia —han repetido mil veces los Papas— no es latina, ni siquiera occidental; no se identifica con ninguna cultura, ni con la de Occidente, ni con la de Europa, ni con la de la Edad Media. Sin embargo, este problema es grave, concretamente para los orientales y para los grupos anglosajones, que acusan de excesivo latinismo a la Iglesia. El cardenal Alfrink ha dicho palabras muy importantes sobre este tema: «Mientras que la unidad de fe es una condición esencial para la Iglesia, la uniformidad no tiene más que un valor relativo. Y, por muy importante que sea, no se la puede atribuir un valor absoluto. ¿No sería muy importante en esta época ecuménica que toda la Iglesia viera netamente estas distinciones, y que las ponga en práctica?».

«Los no creyentes pueden confundir la unidad con la uniformidad, y confundir así el verdadero rostro de la Iglesia. Ellos tomarán por católico lo que no es en realidad más que romano; no verán en qué consiste el puesto esencial de Roma en la Iglesia. Tomarán la apariencia romana de la Iglesia por su carácter esencial. Ahora bien, hay en ella un revestimiento exterior e incluso una forma de centralización condicionada por la historia y que han sido una consecuencia de la fe de la Iglesia que ve en el obispo de Roma al sucesor de Pedro y el Vicario de Jesucristo. Pero ese revestimiento exterior y una cierta forma de centralización, a los que nosotros reconocemos un gran valor, no son de todos modos una forma indispensable e invariable de la Iglesia de Cristo».

«Hoy se pide que sacrifiquemos ciertas cosas no esenciales —por muy queridas que nos sean y por preciosas que sean para la Iglesia—, puesto que de otro modo impedirían ver claramente el verdadero rostro de la Iglesia. Seríamos hijos menos fieles de la Iglesia si no estuviésemos dispuestos a sacrificar un poco cierta uniformidad a intereses de la Iglesia que, en nuestro tiempo, podrían ser más importantes. Y en nuestros días, en efecto, es lo esencial lo que es debatido y puesto en peligro».

He aquí otro tema fundamental que posiblemente debatirá el Concilio: ¿Qué puntos puede ceder la Iglesia de esa uniformidad —en sus ritos, en sus formulaciones teológicas, en su organización, en su apostolado— sin que por ello peligre la unidad de la Iglesia, ya que, dada la existencia del primado del Papa, alguna forma de centralización es un hecho dogmático en la Iglesia?

4 Tampoco sería extraño que el Concilio dijera su palabra sobre los problemas de la moral matrimonial. No porque sea necesario cambiar nada, sino porque muchos creen conveniente una declaración más solemne de la postura cristiana en algunos puntos hoy extremadamente debatidos. El propio Papa señalaba recientemente en su discurso con motivo de la apertura del Año Judiciario en el Tribunal de la Rota, que «entre las incertidumbres doctrinales que aquí y allá amenazan desorientar la opinión pública, es necesaria una llamada de atención solemne y grave a la solidez del principio en que se inspira la Iglesia en su defensa del matrimonio».

Concretamente, serían dos puntos los que parecen más preocupantes y que podrían ser reafirmados por el Concilio: la defensa de la indisolubilidad del matrimonio —hoy tan atacada, incluso por jerarquías protestantes— y un claro ataque al problema de la limitación de la natalidad— que hoy muchos Gobiernos del mundo imponen, incluso, por ley.

No se duda que esta postura rígida de la Iglesia Católica entorpecería un tanto la relación con algunos protestantes —ingleses, norteamericanos, sobre todo—, pero el Papa ha recordado que esta posición es inmutable y que no puede cambiarla el curso de las generaciones».

terreno a través de la Comisión para el apostolado seglar que, si para el Concilio se ha estimado que no deberían participar en ella muchos seglares al ser el Concilio obra de la Iglesia docente, es posible y probable que más tarde sean llamados muchos seglares a trabajar en los asuntos ordinarios de esta nueva Congregación Romana.

5 Ya el Concilio Vaticano I proyectaba tratar en su capítulo XIV de «El derecho y el ejercicio del poder civil según la doctrina de la Iglesia», para defender los derechos del valor religioso en la vida pública, frente al *laicismo*, «la peste de nuestra época», como le llamaría más tarde Pío XI, ya que desterraba la religión a la mera vida privada, y contra el *totalitarismo* que absorbe toda la vida humana en el Estado.

La suspensión del Concilio impidió que se tratara en él el tema, pero su proyecto marcó la trayectoria magisterial de la Iglesia: León XIII, con sus magnas encíclicas sobre la autoridad política, sobre la constitución cristiana de los Estados, las formas de gobierno, la libertad civil y los derechos del ciudadano, pasando por Pío X sobre la democracia, por Pío XI contra el fascismo italiano, el nacional-socialismo y el comunismo, hasta Pío XII contra la concepción totalitaria del Estado y sobre la democracia, la coexistencia, la paz internacional.

Ambos errores siguen hoy en pie: unos países persiguen la religión y otros la desconocen voluntariamente en sus leyes y Constitución. Se han infiltrado incluso en filas católicas, en todos aquellos que consideran la vida estatal y política como pura técnica o que, por una falsa concepción de la libertad y la igualdad, la conciben como independiente de la moral.



humor eibarrés

KONBUSTIBLIA

Tabernatik urten da eun metro ibilli barik, lurrera jausi zan moskor bat. Ta aintxen etxinda euala, automobil bat eldu zan, ta onduan geratu jakon. Moskorrak esan zetsan txoferrari:

—Zenbat kilometro egin dozuz litro bategaz?

—Nik? Amabi edo...

Ederto! Nik litro bategaz eun metro be ezin eñ...

PARTIZISUA

Urki inguruan piku lapurretan ein ondoren sartu ziran bi mutil koxkor kanposantu barrura pikuok errepartitzera, ta an ziarduen: «Au neretzat, ori iretzat; au neretzat, ori iretzat...». Orduan euan enterradorian laguntzalliak entzun ebanian, gau illunian arek erebixen jarduna, juan zan azkar parroko jaunari an pasatzen zanaren barria emotera.

—Jauna, kanposantuan, Jangoikua ta diabrua ointxe asi dira ildakuen partiziñua eitxen: «au neretzat, ori iretzat; au neretzat, ori iretzat».

Ori entzun ebanian, aguazil bat artu ta juan ziran kanposantura an zer pasatzen zan ikustera. An gelditxu ziran ate onduan belarrixak ernai zitxueta. Ta bestiok an ziarduen arkenengo pikuok banantzen: «Au neretzat, ori iretzat...».

Partiziñuak akabau zitxuenian, akordau ziran an ortuan piku geixago laga zitxueta, ta alkarri esan zetsen:

—Emenguak errepartidu jitzuagu ta guazen oin bestien billa.

Bestiok, ori entzun ebanian egundoko igesixari emon ei zetsen.

—Emenguak errepartidu jitzuagu ta guazen oin bestien billa.

IPINTZEKO MODUA

Bein, jaun bat zoroetxe bat bizitatzera juan zan. Eta ango geixo bateri preguntatu zetsan:

—Zu, zergaitik ekarri zaitxue ona?

—Zapatak abarketak baño naiago ditzudalako.

—Baña ori ezta ezer... Nik pe naiago ditzudaz zapatak abarketak baño.

—Bai, e? Eta zelan gura dozuz? Gordiñik ala prijiduta?

EZ IZAN PRESTATZALLE

Badoiaz trenian gizon errezeptagarri bat eta mutiko oker bat, au mokuak darixola. Jaunak, ori ikusirik, aguantau ezinik, esan zetsan:

—I, mutil, ez al daukak pañuelorik?

—Bai, baña ez detsat iñori prestatzen.

ZEZENAK

Bein ba ei ziran auzo baten gizon bi zein baño zein zekenauak. Zekenan zekenez aren kalderkeriak ez ei eukan akaburik. Euretariako batek, bein, etxe aurrekaldeko ortuan ei ziarduan, bere semieren laguntzarekin, alanbraduria konpontzen, ta semiari esan zetsan:

—Seme, juari auzoko Patxi-nera ta es-

katixok ultra bat sartzeko dotela ta mailuka bat.

Juan zan mutikua, baña azkar etorri zan berriz, esanaz, maillukia ukatu zetsala Patxi-k, ultrak sartzen maillatu ein leikiata ta.

Orduan esan zetsan semiari:

—Konturatzen aiz zelako zekena dan ori Patxi kalder ori. Orrek ez lauekek emongo ezta gorantziarik pe; siku orrek. Olako zekenak auzokotzat baño, antipodatzat obiak ditzuk. Gizon zekenak zebat eta urriñago obe. Baña, tirok, orri kasurik egin barik, juari geure etxeri ta ekarrik baulian ondo gordeta daukazaz mallukia.

KAZARIXEN BAT

Ba zan gure errian kazari txar bat iñoiz ezer ekartzen ez ebana. Lagunak buriaz asi jakozen, ta basora urtetzen zan bakotxian esaten zetsen: «Ezetz ekarri». Baña, mendiko burdi-bide batetik ziar zoiata billau eban basarritar bat eskuetan erbi bat bizirik zeroiata, ta esan zetsan ia salduko zetsen. Presio onian artu eban, ta bururatu jakon arbola bati sokiakin lotuta ta tiro bat emotia. Ipiñi eban txintxilixka ta, beste barik, «tanba, tanba» tiro bi. Baña, erbixa jo biarriak sokia jo eban. Ta erbixa an juan zan pozik askorik ingurutik zirkir egiñaz. Ta gure kazaria penaz gelditu zan soka puxketiari begira.

Irakurle: ez esan iñori gertaera au, bestelan, autubatzalliak laster zabalduko leukia Eibar guztian ta jakingo litzake zein izan zan, ta ez neuke nai berari losaririk emoterik. Euki ba ixilik. Ixiii...!



¿Y ahora, cuál nuevo?



¡Ernesto, una aspirina para el campeón de ajedrez!



.DEPORTES



Noticias sobre el origen y antigüedades del

Juego de la Pelota

Por Juan SAN MARTIN.

Se ha hablado mucho sobre el origen de la pelota, y desde que E. Blazy escribió su obra *La pelote basque* (Bayona, 1929), guiándose en *La pelota y los pelotaris*, de Peña y Goñi (1890), como quien dice, todos se han limitado a repetir la misma cosa sin aportar nada o casi nada a las noticias del abate Blazy. Gallop, Veyrin, Irigoyen, Bombin, etc. se han servido de los materiales de aquéllos sin apenas contribuir con nuevos materiales respecto al origen o antigüedades de este deporte.

No es fácil precisar dónde nació el juego de la pelota, las primeras noticias escritas nos vienen de la antigua Grecia, pero antes aparecen figuras con pelota en Egipto y juegos análogos se conocían en la época de las civilizaciones inca, azteca y maya. Pero no se puede asegurar si aquellos jugaban en modalidades similares a las actuales de nuestro país. Según Blazy: «Cuestión compleja, oscura y envuelta todavía en los velos del misterio; las montañas del Pirineo que han visto sucederse en sus dos vertientes las generaciones euskadianas durante milenios, guardan celosamente su secreto. Faltan documentos para alcanzar en la Historia el origen de los diferentes juegos y con ellos el de la pelota vasca, y reconstituir su reglamento y su técnica, y hacer revivir las proezas de los jugadores más famosos... Es una de las características de esta raza original el no preocuparse de transmitir por escrito las leyes de su vida, de sus costumbres y de sus juegos. El vasco se ha contentado durante siglos con la tradición oral que encarna fuertemente y transmite a sus hijos con su sangre».

Después de Blazy, cada autor ha quitado o añadido a su manera y gusto lo que mejor le ha convenido, pero las teorías de aquel son, aún, las que mejor se ajustan a la sensatez.

Por tanto, el origen de la pelota es ante todo eminentemente internacional, desde el punto de vista prehistórico. Volviendo al autor francés, dice: «...el gesto que consiste en lanzar o enviar un objeto esférico es instintivo en el hombre. Este gesto alcanza, sin duda, a los primeros días de la Prehistoria, pero cada era y cada pueblo, siguiendo sus condiciones atléticas, ha reglamentado las leyes consiguientes». Por ello no merece la pena de andar buscando parentescos próximos al modo de jugar de nuestro país, al que ya mundialmente se le define como *pelote basque*. Dentro de ese parentesco genérico entrarían los diversos juegos que sirven de instrumento la pelota, desde el Foot-Ball inglés hasta el Hockey indio. Por eso dice el aludido autor: «Poco importa, pues, que la pelota tenga algún parentesco con la *sphaira* de los griegos, con la *pila* de los romanos, o la *palma* de los franceses. Lo que hay de cierto es que el vasco, eminentemente tradicional y conservador, se ha adaptado maravillosamente a todos los juegos de pelota, heredando el pasado y llevándolo a un alto grado de perfección mientras desaparecía de casi todos los países».

Existen materiales que no han hecho

uso los historiadores de la pelota y a ellos quiero dedicarme preferentemente en este trabajo. Estos son, la primitiva toponimia del país, las antiguas canciones anónimas y la literatura vasca. Si estos materiales han sido desaprovechados es porque los que han tratado del asunto, en primer lugar, desconocían la lengua vasca y en segundo, no estaban al corriente de otras investigaciones del país al margen del juego de la pelota. El inglés Rodney Gallop es el único que hace mención de una canción popular.

Hoy sabemos que los griegos se valieron de muchas tradiciones pre-indoeuropeas, tradiciones a las que no eran ajenos los vascos; ya que, además de otras manifestaciones, muchas leyendas de ambos países coinciden en su argumento.

El pastoreo trashumante que aun perdura en el pueblo vasco, es el modo de vida más arcaico que se conserva. Tiene su origen en el neolítico. En los pastizales altos, donde pasan el verano los pastores con su ganado, se encuentran lugares con nombres de «pradera de pelota», «lugar de pelota», etc. Estos nombres fueron recogidos preferentemente por J. M. Barandiarán en *Eusko-Folklore* y M. Lecuona en diversos trabajos. Por ejemplo, éste último dice en su obra *Añorga en la «Artiga» de San Sebastián*: «Nada decimos de los deportes, para los que, sin duda, tuvo el pastor marcada afición y tiempo, siendo atribuible a él la invención de algunos de ellos. Tal, por ejemplo, el deporte de la pelota «a largo». En plena zona de pastoreo hay en el Aralar guipuzcoano una pradera que recibe el nombre de «pelota soro» («pradera de la pelota»). En plena zona, igualmente, de pastoreo, en Oyarzun, cerca de Zaldin, hay también otra pradera conocida por «pillota soro». Es muy de observar, a este propósito, el detalle siguiente: en el juego «a largo» aún jugando en plaza enlodada, hay siempre un *saka-arri* o *bota-arri* (piedra de saque o bote), portátil muchas veces, indicio más que probable de que tal juego originariamente se desarrolló sobre pradera, donde la pelota no *bota*, lo cual hacía necesario el citado *bota-arri* o *saka-arri*, cuyo uso si aún hoy se conserva, es quizás como supervivencia sin finalidad necesaria. La bola de la pelota pudo muy bien ser invención del pastor, a base de hilo de lana cargada, que era de su fabricación típica».

De este modo de juego habla también Gallop, que se juega ordinariamente en una meseta.

Apremios de espacio me impiden dar más datos sobre el particular.

Las canciones podrían ser otra fuente informativa nada despreciable, Iztueta, en su obra escrita en vascuence, con el título *Gipuzkoako Kondairea* (Historia de Guipúzcoa) Donostia, 1847, es uno de los autores antiguos que más extensamente se ocupa del juego de la pelota y dice: «oitura izan da Gipuzkoan, partidu andi bat irabazita-koan itzneurtuak ifintea» (ha sido costumbre en Guipúzcoa, poner versos cuando se ha ganado un gran partido). Según él, du-

rante cientos de años se han sabido transmitir los versos cantados de padres a hijos y hace recordar los que se cantaban a raíz de una contienda pelotística entre un navarro del Valle de Baztan y un tal Erribera natural de Oyarzun, jugado en Hernani.

Amar joku ta sei zeudenean
Erribera-ren kopeta.
Bazirudien bazekarrela
Elurrarekin tormenta;
Elizaraño sakatzen zeban
Zortzi ontzako pillota.

(Cuando estaban diez a seis—la frente de Erribera,—aparentaba traer—con nieve tormenta,—Sacaba hasta la iglesia—la pelota de ocho onzas).

Una de las canciones populares más arraigadas del país vasco de Francia, al mismo tiempo de las más antiguas, es precisamente aquella que comienza de esta manera:

Haurrak ikas-azue
Eskuaz mintzatzen
Ongi pilotan eta
Oneski dantzatzen.

(Niños aprender—a hablar euskera—bien a la pelota y—honorablemente a bailar).

La transmisión oral no deja de tener su punto de importancia y sería muy interesante una revisión general en canciones anónimas que tanto abundan en vascuence.

No es nada asombroso el silencio de los vascos hacia sus antecedentes históricos, puesto que tampoco dejaron pruebas escritas de otras manifestaciones de su vida. Sin embargo, y esto no ha citado ningún historiador de la pelota, Axular, un clásico de la literatura vasca, en su obra *Gero*, editada en Burdeos el año 1643, cita el juego de la pelota como deporte popular de los vascos. Anteriormente, Etcheberri, escritor de primeros del siglo XVII, cita también la pelota.

Por lo menos dos escritores euskaldines del siglo XVII dan noticia de la existencia de la pelota. A mediados del siglo XVII Pouvreau escribió un diccionario vasco-francés, que inédito se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y dice:

Pilota, bale de paume.
Pilotan haritzea, jouer a la paume.
Pilotaria, joueur de paume.

Pruebas inéditas de este deporte, aunque se conozcan otras noticias anteriores, pues el historiador veneciano Andrea Navajero, que viajó por nuestro país en 1528, escribe lo siguiente. «Enfrente de sus casas tienen un espacio en cuadro cerrado a los lados donde no deben entrar animales, cubierto por un techo de ramas, construido de modo que no hay desnivel y salpicado de arena con objeto de mantenerlo seco. Todo está hecho, en efecto, con sumo cuidado. Aquí permanecen los hombres todo el día jugando a la pelota, a los bolos y a otros juegos que les son habituales».

(Continuará).



Sobre cierto "cine religioso"

Al margen y sin perjuicio del cometido de la crítica cinematográfica, queremos contra el indudable confusio- nismo que se ha producido simultáneamente en torno al cine de Bergman, al que hemos visto demasiadas veces calificado como religioso e incluso como «católico», cuando salta a la vista que por lo menos de esto último nada tiene, y de lo primero, en muy pocas ocasiones, pues no vale confundir la obsesión del director sueco por el sexo y por la muerte, el clima de terror y nihilismo que crea— con soberbio tecnicismo— eso sí, ante las postrimerías del hombre, fruto de una mente neurótica y de una absoluta falta de fe, con ninguna clase de «mensaje católico». Sin embargo, ha sido la Semana de Valladolid al otorgarle dos premios de cine religioso, la que ha contribuido definitivamente a confundir, desde luego con buena voluntad, pero elevada de un desorbitado deseo —como alguien ha dicho— de interpretar positivamente el contenido de tales films. Hasta el punto de haberse desfigurado las versiones españolas, con cortes y adaptaciones, para poder premiarlas y colocarles el calificativo de «cine religioso». Lo cual no deja de ser absurdo y perjudicial, pues quizá, en último extremo, fuera mejor conocerlo tal como es, es decir, en constante y abierta oposición a toda forma de religión positiva, informe de valores totalmente apartados de las normas cristianas y dotado de un contenido generalmente falso, nocivo y erróneo. Así se evitarían confusiones posteriores evidentes en el gran público.

«El Séptimo Sello» tiene un gran valor como sincera expresión de la duda espiritual de Bergman —que el quiere resolver exigiendo una revelación personal—, pero no debemos desconocer ni olvidar que para su proyección en España fueron introducidas varias modificaciones, desde la declaración inicial de la existencia de Dios, hasta el cambio de los nombres, de Joí y Mia por los de José y María, pasando por la versión libre de determinadas frases del diálogo para convertirlas en expresiones bíblicas. En fin, no deja de ser significativo a este respecto de la pretendida religiosidad y catolicidad del cine de Bergman el dato de que ninguna de sus películas haya sido premiada por la Oficina Católica en los festivales internacionales, según señala acertadamente el comentarista Mariano del Pozo.

Lo que «El Rostro», mezcla confusa de fantasmagoría y erotismo, tenga de religioso, es nulo, salvo que los confusos sean nuestra mente y nuestro criterio. Y, en cuanto a «El Manantial de la Doncella», última de las proyectadas en España, se debe tener en cuenta las polémicas que en la tolerante Suecia produjeron sus crudas e hirientes escenas de violación y asesinato. El estreno en Estocolmo —allí sin abreviar nada— produjo enorme escándalo,

planteándose enérgicamente por importantes sectores de opinión pública, la cuestión de la censura sueca y la importancia de su imparcialidad. La crítica habló de «realismo monstruoso» y de «un puñetazo en el rostro del espectador». Por su parte la censura católica francesa afirmó que la ensalzada religiosidad del film es simplemente el fondo de una anécdota de leyenda, tan corta que Bergman tuvo que prolongarla forzosamente convirtiendo en frío asesinato lo que era súbita furia vengativa y poniendo incluso en entredicho el libre albedrío en la imprecación final de «Tore» a Dios.

Naturalmente en casi todos los países han sido recortadas muchas de las escenas, como condición previa para la importación.

Pero vale la pena completar la ficha de Bergman en cuanto a «valores religiosos» y éticos. «La noche del payaso» (1953) y «Sonrisas de una noche de verano» (1955) han sido condenadas en Norteamérica, prohibiéndose su visión a los católicos. «Juegos de verano», es blasfema; «Verano con Mónica» (1952) totalmente pornográfica. «El Umbral de la Vida» (1957) ha sido calificada de «realismo obstrético» y así sucesivamente.

Si a pesar de todo lo dicho hay alguien que vacila, tenga en cuenta lo fácil que desgraciadamente es darle vuelta a la propaganda de «El Manantial de la Doncella», pues frente a sus inexistentes «valores religiosos», fuera de nuestro país hemos podido ver, en máximos caracteres tipográficos, el reclamo de una violación que dura veinte minutos. Muy grande y concluyente tendría que ser la parte positiva del film para poder merecer el otro epigrafe —más pequeño— del cartel «Premiada en la semana del Cine Católica de Valladolid».

Bergman, esta es la verdad, es un neurótico que sufrió de alucinaciones durante su infancia y juventud y que utilizó primero el teatro y después el cine para desahogar una serie de represiones producto de una mentalidad emotivamente inestable y de una educación religiosa rígida, implacable y deformadora recibida de su padre que era pastor calvinista.

Su última película «El Ojo del Diablo» presentada en el festival de Edimburgo, y calificada de decepcionante por la mejor crítica, está llena de bromas eróticas contrapunteadas de frases metafísicas. O sea inmoralidad de forma y fondo, confusión, error delirante, capricho. En suma, el cine de Bergman sólo puede ser de minorías con criterio espiritual y sensibilidad estética cultivada para juzgar y criticar serenamente sobre sus verdaderos valores. El mal está en querer convertirlo en cine de masas lanzándolo con el cartel de «religioso».

(De «La Voz de España»).

AMANDRIAREN ALTZOAN

Euskeraz umientzako ipuñak, iñoiz egin diranik onenetakoak, azaldu barri doguz liburu eder batian. Zarauz-ko Editorial Itzaropena-k argitaratu dau. Era guttierako ipuñak diraz, Julene de Azpeitia maixtrak batu ta ederto eskribituak. 100 ipuin, 178 orrialdetan, bikain tajutuak. Umientzako eran apaindu ditu Julene kontalari bikañak, bere, esku etikiz dotoretuak.

Julene de Azpeitia-k bere bizi gutzia umien maixtra pasau dau, ta, bere ipuñetatik konturatzen gara ondo ezauten dabela umien mentalidadea. Orrez gañera,

euskera erreza dau, batez be umientzako modukua, apaltasunez egiñak baña bizi-biziak. Ta, umiak ez-ete, nausiak pe erreza porik irakortzeko modukoak dira Azpeitia-ren ipuin onek.

Aita Felix Bilbao-ren «Ipuin-Barreka»-kin batian aspaldiko urtetan umientzako idatzi danik libururik onenetakua da dudarik barik. Ori bedori da Luis Mitxelena filologo aipatuaren iritzia be. Izan be, Julene-n gaitza umiak zaitezekua da.

Pedagogia aldetik esin obeagoa da. Urri dira euskeraz «Amandriaren altzoan»

bezin liburu onak umientzat. Liburu au umien eskuetan ipintzen daberen gurasua ez da damutuko. Bada bertan zer ikasi. Biotza beratzeko, biotza obetzeko, esta erreza liburu obia aukeratzia.

Itzaropenak «Kuliska sortas» izentzat darioian koleziñuak agertu dau, ta txorta orretako liburu guttiak bezela, berrogei peseta balio ditu. Dan libururako esta karu ta ume bati egin geikion erregalarik onenetakua dogu. Umiak portu ta euskera indartu; euskaltzale geranak ezin txartzat artu.

J. San Martín.

Mirador femenino



Los deberes escolares

Cristina Brisset

Terminada la tarea escolar diaria que, aproximadamente, viene a durar unas seis horas, el profesor o profesora mira a su reloj y dice: Anotad en vuestros cuadernos de deberes lo que os dicte «Para mañana ejercicio de gramática número 42, página 63; problemas 35 y 36 página 52... Son problemas cortos y fáciles. Además estudiaréis un capítulo de Historia o Geografía... repito...».

Los jóvenes escolares encorvados en sus cuadernos anotan lo que el maestro les dice, un golpe de papel secante y suena la señal de salida. Es la hora de la libertad y del retorno a casa.

Más, por desgracia, esta libertad no es más que aparente. Después de seis horas de clase, tienen el derecho, no de descansar, sino de continuar en su trabajo. Antes de la cena es necesario que resuelvan sus problemas cortos y fáciles, aprendan su lección de Gramática y de Historia. Al poco rato se acuestan y al día siguiente, después de su limpieza y de un rápido desayuno toman su bolsa llena de libros y de nuevo caminan hacia la escuela.

Esta es la vida de miles de niños. Es preciso resumir objetivamente esta situación para sentir ciertas inquietudes y preguntarse acerca de la utilidad de los deberes caseros. Al principio parece que deberían suprimirse del todo, pero como nada es simple en la vida de los hombres es preciso considerar toda la complejidad del problema.

Durante la edad escolar que dura de los seis a catorce años los niños no debieran tener ningún deber en su casa. Cuando se ha exigido seis horas de atención, de esfuerzo a la inteligencia, interrumpidos con algunos cortos recreos no se debe exigir más al niño. Ya más adelante sería suficiente

darles deberes dos veces por semana, el miércoles por la tarde y los sábados y sobre lecciones bien explicadas y comprendidas, fáciles de retener.

Desde los diez años los escolares piensan ya en los exámenes, los unos para adquirir su título de bachiller y otros para adquirir una cultura general. Entonces se les exige más, dictados perfectos, problemas bien resueltos, lecciones muy detalladas. Es preciso un resonante éxito en los exámenes y los padres juzgan a los maestros por la cantidad de deberes que imponen a sus alumnos. Y sin embargo esos escolares jóvenes son plantas frágiles que necesitan de todo el cuidado para su buen desarrollo, los escolares tienen que ser después de sus clases lo que son, niños. Nuestra vida civilizada y desarrollada a nuestro modo hace que muchas veces el niño encuentre, al retornar de su escuela, su hogar vacío o a sus padres muy ocupados. Sería pues de desear que los niños hicieran sus deberes en la misma escuela bajo la dirección del profesor. Ideal este difícil de conseguir pero muy necesario para la salud de los niños.

En la infancia y juventud no debe someterse a los escolares a la disciplina rígida del esfuerzo sino permitir el juego y las niñadas. No olvidemos que el verdadero trabajo no es el impuesto por el temor al castigo o al fracaso, ni el estudio aburrido ofrece algún provecho. El estudio, como todo alimento, tiene que contar con el apetito por eso es necesario despertar en los escolares un interés que sea una necesidad.

Esta época de la vida es la de la experiencia y crecimiento que se adquieren jugando e imitando. El niño es niño para ser grande y si ha nacido para trabajar también ha nacido para jugar e imitar.

Dr. X.

Cristina Brisset ha sido citada ante los tribunales franceses cuarenta veces. Sin embargo, no es precisamente un criminal la señora Brisset.

Casada con un industrial francés, dirigió la Escuela de Puericultura de París antes de la guerra, hasta que, a partir de 1945, su vida sufrió un vuelco radical.

El problema de la vivienda en Francia, como en tantos otros sitios, sigue siendo muy grave. La gravedad se hizo extrema, sobre todo a raíz de la última guerra. Cristina se consagró desde entonces a la trágica tarea de proporcionar vivienda a los que no la tenían. Empezó a trabajar sin descanso con la famosa agrupación de constructores de viviendas del Abbé Pierre.

Pronto cayó en la cuenta de que eso no bastaba para solucionar el problema y se dedicó a hacer gestiones con los propietarios de pisos vacíos. Pensaba que no podían existir pisos vacíos mientras hubiera gente sin hogar. Tal vez no le faltara razón.

Ante su prestigio y sus razones, muchos propietarios cedían; otros muchos, no. Cuando esto ocurría, Cristina actuaba sin contemplaciones. Con el ajuar de sus protegidos a lomos de cualquier camión, se presentaba en los pisos desocupados y tomaba por las buenas posesión de ellos. La familia errante quedaba así albergada.

Pero, claro, la cosa no paraba ahí con demasiada frecuencia. Como existe una legislación que protege la propiedad, Cristina, de vez en cuando, era llevada a los tribunales y condenada a pagar una multa. Así hasta cuarenta veces.

—:—:—

¿Por qué era así la señora Brisset?

Tal vez piense alguno cualquier razón peregrina: porque era socialista o comunista, por ejemplo. Nada de eso.

Cristina hacía lo que hacía porque era una mujer de corazón bueno, hecho para la bondad y el bien.

Ser bueno no basta, sin embargo. Hay por ahí mucha gente aparentemente muy buena que no hace nada que merezca la pena. No hacen daño a nadie, no fastidan al prójimo ni le preparan esas jugueretas que a veces le hacen a uno incluso los mismos que se llaman amigos. No hacer mal a nadie es ya algo, bastante; pero hace falta más, mucho más para ser bueno como Dios manda.

Cristina Brisset comprendió que los hombres venimos al mundo para algo más que para asomarnos al balcón y decir de los que no pueden vivir: «¡Pobrecitos!». Se viene al mundo para dar bondad, comprensión, sonrisas, dinero, amor, trabajo, vida; para sembrar un poco de felicidad.

Cocina al servicio del hogar

PLATO FRIO

Se hace un bizcocho como para el brazo gitano, sólo que sin azúcar, con un poco de sal, la necesaria. Cuando está hecho se corta en tres pedazos. Se hace una besamel fina con dos cucharadas de harina que se disolverá en un poco de leche fría, y después se le va echando en caliente la necesaria hasta que se termine de hacer. Se tienen picadas las colas de cigalas, gambas o langostinos; y se echan a la besamel dándoles un hervor, sin que se pegue; cuando está hecha y en caliente se le echa un buen trozo de mantequilla meneando hasta que enfrie algo, y así quedará brillante y fina.

Se rellena el primer trozo de bizcocho con una capa de besamel, poniendo otro pedazo encima, echando el resto de la besamel; se cubre con el tercer pedazo. Se hace una buena mayonesa con buen aceite y cuando está hecha se cubre todo. Se cuecen unos huevos y se parten en rodajas adornando todo el borde del bizcocho poniendo primeramente en las esquinas una rodaja de huevo, y en medio de la yema media aceituna, luego una gamba alargada o como se quiera, después otra rodaja de huevo igual, y así hasta terminar toda la vuelta.

Es de bonita presentación y rico.

EL CAMPO DE SAN ROQUE

EMPIEZA a caldearse el ambiente futbolístico en todas partes al amparo de los nombres de Pichichi, Arrate, Patricio, Eizaguirre, etc., los cuales nos eran familiares, aunque, la verdad, no los habíamos visto jugar todavía.

En un saludable clima de altura propio para una cura de reposo, Elgóibar, inauguró, también adelantándose a Eibar, su bonito campo en el alto de San Roque, teniendo por fondo la ermita del Santo Patrón del valle, allí cerca de las nubes como suspendido del cielo y abierto en todas sus dimensiones a nuestros pulmones, sin muros ni cierras de ninguna clase, tal como le había dotado la Naturaleza, sin tribunas ni graderíos ni valladar para separar el terreno de juego, revestido éste por otra parte de césped natural, sin trampa ni cartón; y todo ello en su magnífica rusticidad cobraba un encanto que escapa a nuestra capacidad de descripción. Se puede asegurar que apenas intervino la mano del hombre en su acondicionamiento.

Claro que era menester practicar previamente el alpinismo para subir a la cumbre, pero una vez arriba suponía un verdadero regalo correr y brincar en su verde campiña. Apenas si se registró en este terreno ninguna escandalera de bulto, porque, por lo visto, la mayor aproximación al cielo unía más a los hombres, y digo a los hombres, porque Eva no se había incorpo-

rado aún a estos trotes con su estrepitosa vocinglería hasta años más tarde.

En aquella altiplanicie hizo el Izarra sus primeras armas en serio y con atuendo de cuya seriedad no es fácil responder, porque más de un detalle de su atavío sonaría a irreverencia en la actualidad, pues si bien todos lucían el flamante jersey verdinegro, que tan popular se hizo más tarde, el resto de la indumentaria era un verdadero arsenal de cosas raras que cada uno se las componía a su gusto e imaginación, más para enredar que para ayudar a jugar al fútbol.

La elección del color, tamaño y hechura, por ejemplo, de los pantalones se dejaba a la libre iniciativa particular, sin otro tope que la densidad de sus respectivos bolsillos, porque eso sí, cada uno tenía que sufragar de su peculio particular los gastos del equipaje.

Había quien se ponía a guisa de solideo una especie de gorrito de dormir; otros encasquetaban el pañuelo anudado a cuatro puntas como un beduino o la boina metida hasta las cejas como un tiñoso. Nadie se explicaba la razón de estos perifollos, pero no se debe olvidar que el progreso de la civilización es producto de una serie de ensayos de menudencias sin importancia.

Téngase en cuenta que entonces se jugaba un poco a lo «protestante» —seguramente por ser de origen inglés el nuevo deporte— a base de la libre interpretación

de la biblia futbolística, sin excluir al árbitro, que muchas veces no pasaba de ser un «náufrago» con mejor voluntad que conocimientos del reglamento. Sin temor a incurrir en error se puede asegurar que también los actuales campos dan de vez en cuando esta clase de calabacines.

En San Roque, conocimos a los hermanos Muguruza, que como buenos «errikosemes» jugaban con el Elgoibar, siendo titulares del Athletic de Madrid (Primera Categoría). También allí hicimos conocimiento del doctor Arrillaga (Don Ignacio), Vallejo, Unzueta y otros más que sería prólijo enumerarlos ahora.

Desde luego la campa de Azkue tiene para muchos de nosotros gratos recuerdos; más, por pertenecer a una época en que la ingenuidad de nuestros pocos años nos hacía ver todo de color de rosa, pues creíamos haber encontrado en el deporte la solución a todos nuestros problemas. ¡O tempora, o mores!

Claro que para todo hace falta algo de ilusión afectiva, pero no tanto como para convertir un simple entretenimiento en un fin, porque la vida, que es maestra de nuestra pequeña historia, nos demostrará con el tiempo, que hay cosas más trascendentales que ganar una competición deportiva. Todo teniendo presente, que tampoco el progreso material es el objetivo principal de la persona humana, ya que no sólo de pan vive el hombre. E.

S. O. S.

Cada vez que Antonio Lasa me exige imperiosamente el artículo de turno para nuestra revista, me acuerdo de mi director, el difunto «Lauaxeta», con su mirada inquisitorial, pretendiendo estrujar nuestro intelecto con la disciplina forzada de las «dos columnas» obligatorias.

Hoy en día es difícil escribir. Hay temas que nos tientan y los abandonamos, como se abandonan, con pena, los amores imposibles.

Hace varias semanas, tenía tema y materia. Un anónimo comunicante me amenazó por teléfono, «invisiblemente» indignado por mi último artículo «Chivato».

Procuré, y conseguí, no caer en esa fácil y peligrosa tentación. Con una tristeza, que solamente los zurrados por la experiencia podemos vanagloriarnos, llegué a la deprimente conclusión de que los cobardes no tienen ya ni siquiera la valentía de dejar entrever su máscara a través de un escrito anónimo, sino que recurren a los cómodos hilos del teléfono automático.

Por esta vez, mi anónimo comunicante se queda sin respuesta. Los cuarentones sabemos cocinar nuestra bilis con prudente paciencia.

Pierre Raymond, con su crónica fechada en Orán, derivó mis ideas hacia otro asunto. Juzgue el lector la terrible información. Dice:

«De repente se oye un disparo y un argelino cae al suelo, en medio de un charco de sangre. De momento nadie presta atención. Finalmente, un europeo, humanitario, se agacha y ayuda al herido a sentarse. «Es increíble que un europeo caiga tan bajo», murmura una mujer que acierta a pasar en el momento en que el caritativo francés presta ayuda al herido».

Mi desasosiego ante esta espeluznante noticia me trae de la mano el artículo prometido.

Esa pobre mujer europea de Orán, indignada e insensible, desmiente su feminidad y su posible vinculación a todo sentimiento de piedad.

De la frase trágica, inhumana, de la feroz mujer oranesa, retengo su impropio adjetivo de europea. Europa es una civilización cristalizada merced a conceptos morales que han cuajado, no solamente en formas de pensar y de especular, sino más bien en disciplinas de actuar y de crear fundamentos sólidos de una cultura prestigiosa y de una ética renovadora.

Precisamente por ser europeo, por ser hombre consciente del Evangelio o de la piedad laica, el francés anónimo que se inclina misericordioso sobre el musulmán nacionalista, en una tierra ensangrentada por la ley del talión y devastada por el odio, confirma a la Caridad casi proscrita del mundo actual.

El gran veneno de la intolerancia, ese terrible cáncer que

va socavando los cimientos éticos de la civilización, es el gran desprestigio que va caracterizando a los que repetidamente hemos venido a llamar «generaciones del resentimiento».

Es preciso e ineludible hablar de ello. Somos ya varias las generaciones de «resentidos» que vamos asolando los postreros prestigios de la civilización ética europea. Es la secuencia natural y lógica de las guerras, de las revoluciones y de los fanatismos ideológicos.

Todos creemos, honesta o ferozmente, tener razón. Pero sucede, sin embargo, que la verdad que parece ser patrimonio exclusivo de nuestra ideología, es una verdad comunitaria, colectiva, que nos pertenece indivisiblemente a todos.

Un joven, inquieto, nervioso, terriblemente descartiano en sus elucubraciones analíticas, me decía recientemente que no creía en la caridad, ni en el altruismo ni en la solidaridad de los hombres y de los pueblos.

Me acordé, entonces, de la terrible frase de Saint-Pierre, el novelista francés, en moda hoy, en su obra «Les Nouveaux Aristocrates»:

«Dans leur terreur d'être dupes, les jeunes d'aujourd'hui sont vigilants jusqu'à l'absurde. Ils coucheraient, s'ils le pouvaient, avec leur propre ironie, comme un soldat qui a peur et qui dort la main sur les armes».

No tengo más remedio que establecer un parangón tristísimo entre mi pobre denunciante «invisible», la pobre y feroz mujer de Orán y el escéptico muchacho que no cree ni en el idealismo ni en la caridad.

Ninguno de ellos aporta un material positivo para reformar la sociedad, ninguna fórmula viable para resolver los problemas del mundo, ningún ingrediente humano para rehacer Europa en una comunidad sólida de intereses espirituales.

Pero nos preocupan sobre todo los jóvenes. Esos adolescentes que han de borrar las huellas de nuestros estúpidos resentimientos, los inmorales sueños de revancha y las utópicas pretensiones de ser los magos de las fórmulas idílicas de resolver empíricamente los problemas que tiene planteados el mundo social actual.

Nos preocupa, sí, como dice Saint-Pierre, esa actitud mordaz y escéptica de los jóvenes enfrentados contra nuestra generación, a la que creen irremisiblemente culpable.

Nosotros no fuimos peores que los demás. Y esta afirmación no pretende ser una defensa «pro domo». Estuvimos en el corazón mismo de una dolorosa crisis de tolerancia. Y si muchos sucumbieron a la tentación patológica del odio, otros muchos fueron «europeos, como el valiente de Orán

(Sigue en la pág. 13).

(Viene de la pág. séptima).

que al inclinarse sobre su prójimo acaba de darnos un emocionante testimonio de Caridad.

La ironía nunca ha resuelto nada. Y si los intolerantes han de ser eliminados y descartados de toda coyuntura altruista y renovadora, no lo han de ser menos, y sin mimos, los que adoptan la cómoda máscara de la ironía inoperante y demoleadora.

En el mundo actual, y ante la labor urgente que se nos presenta, no debe haber lugar ni para los escépticos ni para los resentidos.

Todo está por hacer. Un mundo anacrónico está a punto de desaparecer, con sus lacras, con sus injusticias y sus ridículos y feudales atavismos. Europa se está desmenuando y forjando sus verdaderos pilares. Quién sabe si los brazos del piadoso francés de Orán, son no solamente un grato símbolo, sino más bien una referencia anticipada del nuevo mundo social que Europa ha de partir con dolor.

Los jóvenes esperan un testimonio nuevo. Depende que nosotros les hagamos comprender que el mundo no es un páramo donde solamente florecen los amargos frutos de la cólera, del odio y del egoísmo. Es probable que la terrible mujer de Orán tenga también necesidad de un testimonio y de un ejemplo colectivo que haga rectificar su ferocidad y su fanatismo.

Todos nos creemos con el derecho de opinar sobre cosas opinables y nos sublevamos, justamente, cuando se nos ponen cortapisas a este derecho natural.

Pero, también hemos de ser consecuentes con las obligaciones naturales: esos imperativos que nos exigen colaborar en empresas morales de urgentísima solución. Y, entre éstas la más importante, la más acuciante, la más operante: *Considerarnos responsables: morales del mundo que hemos de legar, con nuestro ejemplo, a las nuevas generaciones que esperan un mundo más justo, más solidario y mejor.*

Un mundo donde no existan los «chivatos por teléfono», ni las feroces mujeres de Orán, ni los escépticos muchachos que no creen en la Caridad.

Dejemos de lado los dogmáticos razonamientos y los juicios intolerantes. Eso no gusta a la juventud y luego, más tarde, ella misma corre el peligro de caer en excesos contrarios.

Empecemos a forjar nuevos vínculos por el camino más difícil: por lo que nos parece casi imposible. Olvidando ridículos resentimientos, perdonando incluso los agravios más ultrajantes, eliminando las prevenciones más tenaces.

Si pretendemos y esperamos revolucionar el mundo, aceptamos la más dolorosa revolución de nuestras almas: perdonando y haciéndonos perdonar.

Programa difícil y antipático para enunciarlo.

...Pero Europa no podrá parir la paz ni la concordia mientras nuestros jóvenes hereden las inhumanas y feroces prevenciones nuestras.

...Quisiera abrazar las manos ensangrentadas del «*piet noir*» francés de Orán, moderno Publicano, porque en ellas se juntaron, amorosamente, la sangre de un idealista luchando por su patria y la Caridad de un europeo consciente de un imperativo civilizador.

Pobre mujer de Orán. A pesar de tu cutis blanco y de tu apellido sonoramente francés, no eres europea.

Un hombre, llamado Glenn, ha caminado por los espacios, a la altura y a la velocidad que creíamos exclusiva de los ángeles. Un hombre ha vivido durante cinco horas sobre casi todos los hombres del universo y la tierra ha sido bajo sus pies, como un tapiz, donde los continentes, los ríos caudalosos, los archipiélagos, los mares, parecían tan solo el dibujo trazado por un hábil artesano.

Glenn, puesto en órbita, desligado de la atracción de la Tierra, se ha encontrado viajando por un estrato de firmamento jamás surcado por otro mortal. Para nosotros, hombres vulgares, que viajamos en tranvía o autobús, —aunque esto tenga también sus dificultades—, esa hazaña resulta inquietante y maravillosa: quisieramos probar la embriagadora sensación de descubrir nuestro planeta desde la altura. «Ahora paso sobre las Canarias». «Ahora veo el Mississipi». Una y otra vez, repasar la Geografía teniendo por mapamundi la verdadera bola de la tierra. Dominar océanos y continentes; «estar en órbita» como una estrella viva, con alma y con cerebro... Realmente, el ser humano es grande, es poderoso... Pero, ¿acaso Dios no «está en órbita» desde el principio de los tiempos?

Desde la eternidad, Dios contempla la tierra, pero no a la manera del astronauta, que en la altura deja de ver a sus semejantes, sino con claridad absoluta, sin que se le oculte hombre alguno, tanto el que vive en las selvas africanas, como el que habita en las islas polinésicas. Los ojos de Dios ven a todos del mismo color y revestidos de la misma categoría: Aquel chiquillo negro, que danza ahora en torno a la hoguera; aquel papá, que intenta cazar el ave del paraíso escondida entre la espesura; aquel hindú, que juega a las orillas del Ganges... Esos muchachos han sido llamados para una misión más importante que la de Glenn. Este sólo logró el prodigio de hacer un vuelo espacial. Aquellos oscuros y desconocidos muchachos pueden realizar el milagro de que sus manos consagradas conviertan el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Como los sabios que trabajan en el proyecto «Mercurio», nosotros, hombres vulgares, podemos contribuir a que el milagro se realice. No hace falta que resolvamos complicados problemas de Física: basta ofrecer una cajetilla de tabaco, una entrada de fútbol, unas gambas con cerveza. El sacrificio de esas cosas pequeñas se puede convertir en un libro, en unas botas, en la comida de un seminarista indígena. Tal vez se transforme en unas tejas, en unos ladrillos para un nuevo seminario. Y en esos hombres de diversas razas está el futuro de la Iglesia. Los misioneros abren el camino del evangelio, lanzan la semilla; pero ésta sólo puede fructificar con un clero indígena, con sacerdotes nativos, que ejerzan el sagrado ministerio entre las gentes de su pueblo.

Más que nunca, en esta hora de exacerbados nacionalismos, es urgente la formación de clero nativo en todos los países de Misión. Para obra tan importante y trascendental, la Iglesia pide la colaboración de todos los católicos el domingo 6 de Mayo, Día del Clero Indígena.

O sino Europa ha caído muy bajo, envuelto en las sombras diabólicas de una decadencia irremisible.

JULIO SARASUA

(Del Boletín de Antiguos Alumnos de la Escuela de Armería).

GRAFOLOGÍA

por el Prof. JOZAB

Todos aquellos que deseen conocerse a través de su escritura deberán dirigirse una carta, de veinte líneas como mínimo, en papel sin rayar firmada y rubricada, bien con nombre o con pseudónimo. Las señas que deberán consignarse en el sobre serán: Sr. Director de EIBAR (Sección de Grafología). Calle de Bidebarrieta, 11.

Se contestarán por riguroso orden de recepción.

SUSCRIPTORES.—Respuesta en la Revista: 15 pesetas. Respuesta particular ampliada: 25 pesetas.

NO SUSCRIPTORES.—Respuesta particular: 50 pesetas. Respuesta en la Revista: 25 pesetas.

RAMON.—Persona de poca vivacidad intelectual, que no ha dedicado gran atención a mejorar su sentido artístico. Los sentimientos juegan un papel importantísimo en toda su vida, que está dominada por la emotividad. Se conduce de forma natural y espontánea, con generosidad, dulzura y sin reservas.

MARIA LUISA.—La principal característica de su temperamento es la dulzura, la benevolencia y la sensibilidad, que hacen agradable el trato de su persona. A pesar del ímpetu y ardor propios de la juventud, procura dominar las expansiones naturales y proceder con calma, orden y meticulosidad, aunque sin complicaciones ni subterfugios. Vivacidad natural, pero sin grandes horizontes.

MARIA ESTHER.—El exceso de sentimentalismo es la nota destacada de su personalidad. Da impresión de que toda su vida gire en torno a sus afectos y deseos. La voluntad es muy débil e irregular y el intelecto no ve las cosas con la suficiente claridad a pesar de estar bien dotada y con cierta cultura. Si consiguiera serenarse y moderarse, saldría ganando. No dé tanta importancia a cosas que en realidad no la tienen.

ROSA MARY.—El espíritu de orden, el cuidado y el deseo de claridad son muy importantes en su persona. Es, además, constante y regular en sus afectos y en su forma de actuar. Le agradan las situaciones claras, firmes y despejadas. Temperamento más bien frío y seco. Cuidado con el orgullo.

Fulbert Yulu

Jefe de Estado con sotana

Disculpemos la extrañeza de los parisienses al contemplar hace algunos días, junto a la espigada figura de De Gaulle, la estampa de un sacerdote más bien bajito, con sotana blanca, sobre la que lucían las condecoraciones propias de su rango: Presidente del Congo ex francés, o del Congo de Brazzaville, como se le llama en las Naciones Unidas. Fulbert Yulu, Cura-Presidente, fue agasajado por el general De Gaulle con una comida en el Eliseo y con la representación de «Polieucto» en la Ópera de París. Todo conforme al protocolo que el Presidente de la nación vecina ha ordenado para sus huéspedes de honor. Todo perfecto por la parte francesa. Pero por la parte congoleña hubo dos fallos en el protocolo: uno voluntario e involuntario el otro. En primer lugar, el Presidente Fulbert, que había entrado poco menos que de incógnito en Francia, jugó un poco al escondite con el Gobierno francés y la víspera de su llegada a París todavía no sabían en el Eliseo dónde se le podría encontrar al día siguiente. El segundo fallo consistió en la falta del obligado cambio de pareja entre los dos Presidentes. Claro que de esto último Fulbert no tiene la culpa. El es sacerdote. Por eso, mientras él disfrutó de la compañía de madame De Gaulle, el general francés se quedó sin pareja. Solo, como, en otro orden de cosas, le va dejando en gran parte su personalísima política.

El Presidente Fulbert es una de las figuras más sugestivas del África actual. Por ello sorprende un poco no ver su rostro con más frecuencia en las revistas de «alto voltaje», esas que hacen artículo de lo espectacular. Fulbert se ha revelado como un verdadero genio político; pero como sacerdote está excedente. Esto es una manera de decir que su Arzobispo le prohibió ejercer el ministerio sacerdotal después de repetidas amonestaciones a que abandonase sus actividades políticas. Pero en Fulbert pudo más la sangre y el ímpetu nacionalista que su vocación sacerdotal. Y, sin embargo, el jefe Fulbert mantiene cordialísimas relaciones con el clero de su país. Fulbert es adorado por sus ciudadanos. Fulbert... ¿Cómo definiríamos su caso? Sospechamos que para definirlo nos sobran nuestros moldes escolásticos. África no es Europa. Si nos acercamos procurando entenderla, con criterio europeo, nos quedaremos a la puerta, sin penetrar en su corazón. Seguramente hay muchos que considerarán a Fulbert como un escándalo para el catolicismo africano. Nosotros nos abstenemos de juzgarlo. Consideramos que Fulbert no es ni más ni menos que un hombre-sorpresa, una sorpresa más que nos sale al paso, a la vuelta de esta esquina del siglo XX que es África, donde fallan tantas veces nuestras previsiones, nuestra lógica de pueblos viejos y nuestra política, tan vieja o más que nuestra lógica.

La causa determinante de las actividades políticas de Fulbert fue, sin duda, el influjo de los balali, sus hermanos de raza. Poco después de concluir su carrera sacerdotal se constituyó en jefe de un partido político balali, el RDA, uno de los más importantes de Brazzaville. Los balali le siguieron fervorosamente, como habían seguido antes al visionario Matsua, aquel pseudo-Mesías de los negros que fracasó en su propósito de crear una Iglesia independiente en el Congo. En la jefatura del RDA comenzó la carrera política relámpago de Fulbert. Poco después era elegido representante del Congo en la Asamblea francesa; más tarde, alcalde de Brazzaville y, por fin, Primer Ministro de la recién estrenada República del Congo, en 1958. Yulu había triunfado sobre el socialista Opangault, su más decidido adversario, en las elecciones francesas de 1956 y en las elecciones de la Asamblea congoleña en marzo de 1957. En estas últimas logró un entendimiento con Opangault, consiguiendo unir en un gran movimiento nacional a sus seguidores con los del dirigente socialista y nombrando después a éste Vicepresidente del Consejo.

Fulbert gobierna un país de 342.000 kilómetros cuadrados, con una población de 800.000 habitantes. Hasta el presente ha mantenido relaciones de amistad con su poderoso y desconcertante vecino, el Congo ex belga, o «Congo de Leopoldville», según nomenclatura de la ONU, y, según se cree, piensa en una futura federación de su país con el de Kasabuvu.

Fulbert tiene cierta afinidad con este último. Ambos Presidentes estudiaron la carrera eclesiástica. Kasabuvu, sin embargo, no pasó del tercer curso de Teología y, por lo tanto, no fue ordenado «in sacris». Sin duda, la fiebre política —común con la de Yulu— le dió más oportunamente que al jefe del otro Congo: a tiempo de retirarse sin haber pisado todavía las gradas del santuario.

Pero es significativo el que estos dos hombres, jefes de dos naciones nuevas, hermanas en el nombre y quizá en los destinos, pasaran parte de su juventud estudiando a Santo Tomás. Fulbert, aparte de su cuidada formación escolástica, es un hombre dotado de grandes virtudes, entre las que descuellan su noble franqueza y su acendrado patriotismo. Sus proyectos de federación con el Congo ex belga no le impiden manifestar abiertamente su aversión hacia el Gobierno central de Leopoldville, como tampoco vacila en clamar públicamente contra los enemigos de su amigo Sshombe, calificando de «actos de bandidaje» las acciones de las tropas de la ONU en Katanga. Para sus ciudadanos, Fulbert es un «maestro de energía», el adalid de la independencia nacional y la esperanza del progreso futuro de la nación.

Con miras al bien de su país, el Presidente intenta firmar un nuevo acuerdo con el Gobierno de Kasabuvu que regule el común aprovechamiento de las aguas del río Congo. También proyecta la construcción de una nueva presa sobre el río Kulu, cuyo coste ascenderá a unos doscientos cincuenta mil millones de francos franceses. Yulu piensa financiar la obra con créditos de otros países, y para ello ha viajado a Francia con el propósito de que De Gaulle, «padre nutricio» de la Comunidad francesa, aporte el primer crédito.

Esto es seguramente lo que ignoraban muchos franceses que le vieron en días pasados junto al Presidente francés, embutido en su hábito talar, como un enviado extraño de este continente africano que, a pesar de tenerlo tan alcance de la mano, nos resulta todavía tan distante. La pena eclesiástica que pesa sobre Fulbert no le reduce al estado laical, y por ello, aunque no ejerza sus funciones sacerdotales, sigue vistiendo, con paradójica ejemplaridad, su sotana: negra de ordinario, blanca en los actos públicos.

África nos está acostumbrando ya desde hace algún tiempo a esta clase de paradojas. Cada país africano viene a ser algo así como uno de esos juguetes ingleses llamados «jack in the box», que siempre tienen dentro sorpresa. Aprieten ustedes el resorte y se admirarán del resultado: En Sudáfrica, la furibunda antirracista, surge un John Luthuli, Premio Nobel de la Paz; en Ghana, la comunista, aparece un pueblo que acaba de recibir jubilosamente a la Reina Isabel de Inglaterra, representante de una monarquía que al comunismo no le resulta simpática; en Marruecos se levanta un hombre que exclama: «A nosotros, los pueblos islámicos, nos está permitida la bigamia. Por eso nos podemos casar con el Oriente y con el Occidente». En... ¿Para qué seguir? En el Congo de Brazzaville, donde el catolicismo realizó tan rápidos progresos que hoy día, después de sólo setenta años de evangelización, más de la cuarta parte de la población es católica, el primer hombre del país es un sacerdote que no puede celebrar la Santa Misa. Paradojas africanas.

Para un católico comprensivo, esta irregularidad en la vida de Fulbert quizá no encierre otro valor que el anecdótico. Realmente es difícil definir una postura clara en asuntos tan graves que, por otra parte, nunca pueden conocerse bien de cerca. Digamos, sin embargo, que si la conducta chocante del Presidente Yulu vino determinada por unos imperativos tan ineludibles como eran la creación y la consolidación del nuevo Estado del Congo, una vez llevada a feliz término esta misión. Fulbert podrá coronar, con su labor de sacerdote reintegrado a la plenitud de sus funciones sagradas, su extraordinaria obra de político al servicio incondicional de su patria.

Salvador MENDIETA.